

Selección

TERROR

ADAM SURRAY

COMIC DE TERROR

El alarido de la muchacha fue desgarrador. Alucinante. Infrahumano. El taladro se hundió en su vientre como si fuera mantequilla. Al instante brotó un surtidor de sangre. Un espeluznante boquete se dibujó sobre la piel mientras que un acre hedor a carne quemada se extendía por la estancia…

Lectulandia

Adam Surray

Cómic de terror

Bolsilibros - Selección Terror - 376

ePub r1.0
Titivillus 02-07-2019

Adam Surray, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


SELECCION
TERROR

Capítulo I

BURT ALDRICH succionó repetidamente el largo cigarro.

Exhaló una bocanada de humo reclinándose en el sillón giratorio.

—¿Por qué vuelve aquí, Williams?

Charles Williams esbozó una tímida sonrisa.

Era un individuo joven. De unos treinta a treinta y cinco años de edad. Pelo negro cuidadosamente peinado. Pálidas facciones. Los ojos protegidos por lentes de miope. Vestía pulcramente. Incluso en aquel agotador día anudaba la camisa con una corbata de seda.

—Usted es el más importante editor de cómics de California, señor Aldrich.

El halago no pareció complicar a Burt Aldrich.

Respiró con fuerza apoyando los codos sobre la lujosa mesa escritorio.

—En menos de un año se ha dejado caer por aquí siete u ocho veces, Williams. Y siempre recibió la misma respuesta. Sus dibujos son buenos. Ya se lo dije la primera vez. Muy buenos… pero desfasados. Ese tipo de cómic ya no interesa al gran público. Ni el dibujo ni el guión. Son demasiado arcaicos.

—El buen cómic es imperecedero, señor Aldrich. The Phantom, Mandrake, Flash Gordon, Kirby… Una fantástica legión de héroes gráficos que aún no han sido superados.

Burt Aldrich rio divertido.

—Es usted un nostálgico, amigo Williams. Apuesto que todos esos héroes de antaño fueron sus preferidos en la infancia. Se ha dejado influenciar por ellos. En el dibujo y en el guión. La Aldrich Publishing Co. está especializada en el cómic de terror y el erótico. Sus dibujos, de un grafismo suave y delicado, no tienen aquí aceptación. Le sugerí otras editoriales y…

—Las he recorrido todas —interrumpió Charles Williams—, Todas las de California. Las de Nueva York. La Marvel Cómics Group, La Warren, D. C. Cómics… he contactado con agentes, sindicatos, enviado originales a editoriales europeas…

—¿Ninguna respuesta afirmativa?

—Son muchos los dibujantes en la actualidad. Y muy buenos. No quieren correr riesgos con nuevas promesas, a no ser que…

Burt Aldrich sonrió de nuevo.

—Adelante, Williams.

—Algunas editoriales aceptaban mis dibujos siempre que me sometiera a un guionista de la casa. Temas de terror, sadomasoquismo, pornográficos…

—Correcto, Williams. Eso es lo que se vende. Recientemente he lanzado al mercado una nueva publicación. Un cómic-book protagonizado por dos personajes femeninos. Una parodia de Juliet y Eva Jones. Las dos dulces y románticas hermanas son transformadas en ninfómana y lesbiana. El padre un degenerado sexual… Se vende como rosquillas.

—Nauseabundo.

Aldrich se encogió de hombros.

Sopló sobre la nívea ceniza del cigarro.

—Es el público quien lo exige, muchacho. La época de románticas heroínas y aventureros galantes pasó a la historia. Si siguen editándose alguno de ello? es por pura tradición o por abastecer al grupo de nostálgicos. Terror y sexo. Eso es lo que impera. Y el público quiere más. Y más… Dibujantes y guionistas se esfuerzan en truculencias. Incapaces de complacer la morbosidad de la masa siempre en aumento. Lo siento, Williams: pero así es.

Charles Williams se adelantó.

Tímidamente dejó una carpeta sobre la mesa.

—Es un nuevo original, señor Aldrich.

El editor hizo una mueca.

Sin ocultar su fastidio.

—Oiga, Williams…

—Es de terror.

—¿De veras? —Burt Aldrich rio a carcajadas—. ¡Magnifico, muchacho! No hay que luchar contra la corriente. Echemos un vistazo…

Abrió la carpeta.

Una a una fue pasando las láminas.

Ocho hojas con profusión de viñetas uniformemente colocadas.

Burt Aldrich parpadeó.

Se reclinó en el sillón.

—¿Y bien, señor Aldrich?

—Asombroso.

—¿Le ha gustado?

—¡Seguro! ¡Maldita sea, Williams…! ¿Por qué disfruta haciéndome perder el tiempo?

Charles Williams enrojeció.

—No…, no comprendo…

—¿Esto es un cómic de terror? El guión, aun sin asustar a un recién nacido, no es de lo más ridículo. ¡Los dibujos, Williams! No tienen garra. Carecen de fuerza. Aquí… este primer plano —Aldrich tecleó con el dedo índice sobre el dibujo de un rostro femenino—. Esta chica se supone que va a morir, ¿no? Está frente a su asesino. La expresión de su rostro no parece indicarlo.

—Está crispado…

—Oh, sí…, como si le doliera el estómago. Desengáñese, Williams. Esto no es lo suyo. No sabe crear una atmósfera de terror. No proporciona la angustia en sus personajes. Y el guión es infantil.

—Puedo aceptar uno de sus guionistas…

El editor chasqueó la lengua.

—No. Williams. Lo lamento. No daría resultado. Sus dibujos son clásicos. Encerrados en viñetas uniformes. Influenciado por Phantom, Gordon. Mandrake… ¿Por qué no se dedica a otra cosa?

—Lo mío es dibujar —por primera vez, la voz de Charles Williams se tornó tensa—. No sé hacer otra cosa que dibujar.

—Puede hacer publicidad. O porta dista. Yo mismo puedo proporcionarle trabajo como retocador.

—¿Retocador?

—Sabe a qué me refiero. Sombrear viñetas, rellenos… todos los buenos dibujantes han empezado así.

—Yo ya soy un buen dibujante, señor Aldrich. ¡Soy el mejor!

Charles Williams recogió nerviosamente las láminas en la carpeta. Sus manos, blancas y de largos dedos, temblaron visibles.

Antes de abandonar el despacho pudo oír la burlona carcajada de Burt Aldrich.

En el hall de la Aldrich Publishing Co. proliferaban los pósters murales. Con los personajes de ficción que mayor éxito habían proporcionado a la editorial.

«La Momia del Lago», «El Sanguinario», «Sark, el Zombie»…

También los eróticos, masoquistas…

Destacaban Jane & Dora.

La soez parodia de las hermanas Jones.

Uno de los principales pósters estaba dedicado a Star-Girl. La chica del espacio que protagonizaba desenfrenadas orgías sexuales por todos los planetas. La más degradante de las obscenidades se encontraba en Star-Girl. En su cota más alta.

Charles Williams, ya próximo a la vidriera puerta de salida, giró lentamente.

Sus ojos se empequeñecieron.

Contempló de nuevo los pósters.

Una extraña sonrisa asomó a los labios de Williams.

Capítulo II

EL doctor David Saunders cerró el cuaderno de notas.

—¿Quieres un consejo. Charles?

Charles Williams sonrió incorporándose del sofá.

—Por supuesto… David. Tú eres mi psiquiatra.

—También un amigo. De hace muchos años.

—Oh, sí… Muchos. Fue tuya la idea, hace diez años, de internarme en el manicomio.

El doctor Saunders bordeó la mesa escritorio para acomodarse en el sillón giratorio.

Contempló fijamente a Williams.

—¿Crees que hice mal, Charles?

—Todo lo contrario. Te estoy muy agradecido por ello. Hacía la vida imposible a mamá. Estaba mejor en el manicomio.

—El Barret Center no es un manicomio.

—Disculpa. David. Estoy… estoy algo nervioso por mi entrevista en la Aldrich Publishing Co.

—Olvídate se eso. Sigue dibujando si te gusta. Para tu propia satisfacción. No necesitas publicar tus dibujos para comer.

—Por supuesto que no. La mensualidad de tío Ralph colma con creces todos mis gastos.

—¿Quieres que hable con Ralph? Puedo decirle que estás en condiciones de ocupar un puesto en la Williams Company.

—¿Era ese el consejo?

David Saunders mesó los cabellos.

Sonrió.

—No. Hace ya casi un año que abandonaste el Barret Center. Desde entonces vives en esa buhardilla de Pagett Street. Solo. La soledad no es buena para nadie, Charles. ¿Por qué no te instalas con tío Ralph? Aquélla es tu casa.

Williams asintió.

Nerviosamente.

Aferró contra su pecho la carpeta de dibujo.

—Sí…, tal vez lo haga. Dentro de poco. Necesitaba una temporada de reflexión.

—Magnífico, Charles. Nos veremos el próximo… martes, ¿de acuerdo?

—Sí, David. El próximo martes.

Charles Williams abandonó la estancia.

—Hasta la semana que viene, señor Williams —sonrió la enfermera de la antesala.

Charles Williams no respondió.

No pareció oírla.

En su mente aún resonaban algunas de las palabras del doctor Saunders.

«No necesitas publicar tus dibujos…»

David Saunders, el mejor psiquiatra de California.

¿Cómo era posible que no le comprendiera? El necesitaba publicar sus dibujos. Darlos a conocer. Que fueran admirados por todos los amantes del buen cómic. Quería demostrar su talento. Alcanzar el premio de la Academy of Cómic Book Arts.

—Bastardo…, bastardo…

El ascensorista dirigió una fugaz mirada a Williams.

Sin inmutarse.

Le conocía por sus semanales visitas al doctor Saunders. Y los que salían de aquella consulta hablaban solos con frecuencia.

—¿Lleva ahí dibujos nuevos, señor Williams?

Charles Williams parpadeó.

—¿Cómo…? Ah, sí…, ¿quieres verlos, Sammy?

—Seguro.

Williams abrió la carpeta al llegar a la planta baja del edificio.

Fue pasando las láminas. Lentamente. Deseando que el ascensorista se recreara en cada una de las viñetas.

—¿Qué te parecen?

—Muy bonitos, señor Williams.

Las facciones de Charles Williams se crisparon. Cerró con brusquedad la carpeta. A grandes zancadas, sin despedirse del ascensorista, salió del edificio.

Se introdujo en un Mustang estacionado a poca distancia.

Contempló las láminas.

«Bonitos.»

Aquello era un cómic de terror. Aunque magistralmente trazados, tenían que producir una sensación de angustia, de terror, un estremecimiento… cualquier sensación menos la de ser catalogados de «bonitos».

Williams se hizo cargo del volante.

El trayecto hasta su buhardilla de Pagett le demoró cuarenta minutos. Aquello no era Beverly Hills, pero sí una zona de artistas y bohemios, de starletts que soñaban con Hollywood, de escritores, pintores, de fracasados.

La buhardilla era bastante espaciosa. Una sola pieza. La cocina y el cuarto de aseo únicas estancias independientes. El dormitorio, sala de dibujo y comedor formaban un conjunto.

Charles Williams se tumbó sobre la cama.

Sus diminutos ojos de miope contemplaron detenidamente las paredes.

Plagadas de amarillentas portadas de viejos cómics. Allí estaba The Phantom con su fiel perro «Satán». El Prince Valiant del genial Foster. El Secret-Agent X-9 del malogrado Raymond. El anticomunista Johnny Hazard en su aventura inicial de 1944. Flash Gordon combatiendo al malvado Ming. Mandrake y el corpulento Lothar…

Sí.

Allí estaban todos.

Los héroes de Charles Williams.

Sus compañeros en el Barret Center.

Un mueble por elementos ocupaba toda una pared de la buhardilla. Y allí se agrupaban, cuidadosamente ordenados, infinidad de cómic-books. Cientos y cientos de ellos.

La mesa de dibujo se situaba junto al único ventanal existente.

Williams se incorporó.

De aquella singular biblioteca extrajo un volumen al azar.

The Phantom.

Era la aventura contra unos piratas capitaneados por El Alacrán. Publicada por la King Features Syndicate en el año 1958.

The Phantom. El Hombre Enmascarado. El Duende que Camina. El señor Walker… Diferentes nombres para el más misterioso y audaz de los héroes.

Charles Williams tenía pasión por The Phantom.

Era su preferido.

Conocía cada una de sus aventuras. Las había contemplado una y mil veces. Las había… vivido.

Sí.

Él se había sentado en el Trono de la Calavera y cabalgando por las selvas de Bengala. Conocía a Guran, el temible jefe de la tribu de pigmeos Bandar. Había visitado la paradisíaca isla Edén. Cabalgado sobre Hero, cazado con su fiel Satán… y amado a Diana Palmer.

Diana Palmer…

La bella prometida de The Phantom.

Charles Williams se acercó a la mesa dibujo. Allí había dejado la carpeta con las láminas presentadas a Burt Aldrich. También, sobre la tabla, un cómic-book.

De la Aldrich Publishing Co.

En la portada un monstruoso ser seccionaba la yugular de una semidesnuda muchacha.

—No me ha servido de mucho —sonrió Williams—. No he sabido plasmar el terror, el sexo… imposible captarlo de esta basura. Y tengo que hacerlo. Debo demostrarles que soy el mejor. Terror, sexo, sadomasoquismo… Lo tendrán, pero no sin antes documentarme debidamente. Beber en las fuentes de los clásicos… les demostraré lo que es en verdad un cómic de terror… conocerán la depravación del sexo en su grado máximo… Nadie conseguirá plasmarlo como yo… Nadie…

Charles Williams retrocedió.

La palidez de su rostro se había acentuado.

Fue hacia la biblioteca consultando de nuevo la aventura de The Phantom contra el Alacrán.

Detuvo la mirada en una de las viñetas.

Diana Palmer abrazaba al señor Walker.

Williams sonrió.

En una mueca que deformó por completo sus facciones.

—Empezaré por ti, Diana Palmer…

Capítulo III

PAMELA BARCLAY se apartó del ventanal.

—¿Por qué no sube, Diana? ¿No se lo has permitido?

—Oh, sí…; pero es muy tímido.

—¿Tímido? No me gusta.

Diana Palmer rio en cantarina carcajada.

—Ni tan siquiera le has visto. Le conocí ayer. Hizo una buena compra en la sección de joyería. Era la hora de cierre. Creo que estuvo deambulando por la salida hasta verme aparecer.

—Entonces no es tan tímido.

—Se limitó a seguirme. Fue hoy, durante el almuerzo en los almacenes, cuando se atrevió a dirigirme la palabra. Es un individuo retraído. De pocas palabras. Muy delicado…

—Y tímido. Esos son los peores.

—¿Quieres cerrarme la cremallera, Pamela?

Diana Palmer estaba frente al espejo. Alisó coquetamente su larga melena negra.

—Este vestido te queda muy ceñido, Diana.

—Mejor.

—Al menos podías haberte puesto el sujetador.

Diana volvió a reír. Sus manos se deslizaron por los túrgidos senos que se marcaban provocativos bajo la tela.

—Voy a hacer que pierda su timidez de raíz.

—No regreses muy tarde.

Diana tomó un bolso de mano y una pequeña capa.

—Eres mi compañera de apartamento, no mi mamá. Te aconsejo no me esperes despierta. Vamos a cenar a The Tower y luego bailar en The Glass Slipper. Ese es el plan que me sugirió.

Pamela agrandó los ojos.

—¿De veras?

—¿Por qué crees que he aceptado? Debe estar forrado de dólares. ¡Ya te contaré!

Diana abandonó el apartamento.

En la soledad de la cabina del ascensor dio un último repaso a las medias de nylon tensándolas sobre sus esbeltos muslos.

Al salir a la calle dudó unos instantes.

Sonrió al descubrir al individuo que surgió de entre las sombras.

—No te veía, Johnny…

—Hola, Diana. Estás… muy guapa.

—Gracias, Johnny.

—Tengo el coche ahí detrás. Diana…

—¿Sí?

—No me llamo Johnny. Mi nombre es Charles Williams.

—¿Por qué…?

—No lo sé, Diana. Soy… soy algo tímido. No quise darte mi nombre y luego me avergonzó el haberte mentido.

—No tiene importancia…, Charles. Yo no te he mentido. Mi nombre es Diana Palmer. Empleada en los grandes almacenes Koty Garden.

Rieron al unísono.

Charles Williams abrió la portezuela del Mustang.

—No quiero que te enfades, Diana; pero me gustaría que antes de ir a cenar a The Tower conocieras a mis padres.

La muchacha parpadeó con la boca entreabierta.

Fue incapaz de reaccionar.

—Sé que te parecerá ridículo —prosiguió Williams, iniciando la marcha del auto—; pero eres la primera chica que invito a cenar. Mi madre dice que, a mis treinta y cuatro años, ya no soy joven. Se alegró mucho cuando le comenté que iba a salir contigo.

—Pero… yo…

—Será cuestión de minutos, Diana. Saludarles y marchar. No te sorprenda mi petición. Están deseando verme casado para que sienta cabeza y me haga cargo de la dirección de la fábrica.

Diana iba de sorpresa en sorpresa.

—Yo sólo soy… nos hemos conocido ayer y…

Williams sonrió.

—Por supuesto, Diana. No temas. No voy a presentarte como mi prometida, sino como amiga. Me consta que no tengo grandes atractivos para las mujeres.

Diana sacudió la cabeza.

Creía estar soñando.

¡Aquello era un mí río blanco!

—Para mí sí eres atractivo. Charles. De lo contrario no hubiera aceptado tu invitación. Lo de ir a casa de tus padres…, mejor dejarlo para otra ocasión.

—¿Por qué?

Diana pensaba en su audaz y provocativo vestido. Muy poco apropiado para causar buena impresión.

—No sé…, me parece…

—Como quieras.

Diana se mordió instintivamente el labio inferior.

Tal vez estaba obrando mal dejando escapar aquella oportunidad. Puede que el pusilánime Williams se olvidara de ella al día siguiente. Conociendo a sus padres podría ser distinto.

—De acuerdo. Charles. ¡Vamos! Será un placer conocerles.

—¿De veras? Magnifico, Diana… Estaremos poco tiempo. Se llevarán una sorpresa. Les aseguré que no pensaba decirte nada.

—Entonces…, ¿no nos esperan?

—Así será mayor la alegría, Diana. No debes preocuparte. Serás bien recibida.

—¿Dónde viven?

—En un bungalow de Rogak Boulevard. Lo hemos adquirido hace poco. El apartamento de Sinclair Street resultaba asfixiante para mamá.

Diana abrió su bolso de mano.

Chasqueó la lengua.

—Olvidé mi cajetilla…, ¿tienes cigarrillos?

—En el salpicadero.

La muchacha manipuló en los compartimentos del auto. Al extraer la cajetilla de Viceroy cayó un papel.

Lo cogió al vuelo.

Iba a depositarlo de nuevo en su lugar, pero interrumpió el iniciado ademán.

En aquel papel figuraban ocho nombres escritos y sus correspondientes direcciones.

Ocho nombres femeninos.

Todos iguales.

—¿Qué… qué es esto?

Charles Williams desvió la mirada.

Sonrió retornando los ojos al cristal delantero.

—Tu nombre. Diana Palmer.

—Sí, pero sólo coincide una de las direcciones. Las otras…

—Corresponden a las siete Diana Palmer que he localizado en Los Angeles. Me he servido de guías telefónicas, profesionales, listas de empleadas… De seguro hay más, pero tú has sido la elegida. Las otras han quedado descartadas.

—No…, no comprendo…

—Pronto lo comprenderás todo, Diana…, muy pronto…

Charles Williams introdujo la llave en la cerradura.

—Es extraño…, ninguna luz en la casa…

—Todo está muy oscuro —murmuró Diana, bajo el porche—. También en los bungalows vecinos.

—La mayoría aún están en venta. Esta es una zona nueva. Tranquila. Lejos del bullicio de la ciudad.

Williams iluminó el living.

Sobre el mueble de entrada un papel.

—¡Oh, no…!

—¿Qué ocurre. Charles?

—Entra, Diana. No te quedes ahí —Williams le tendió el papel—. Puedes leerlo tú misma.

El mensaje era breve.

«Charles: Tu madre y yo salimos hacia San Francisco. Tía Carol enferma. Mañana estaremos de regreso.»

Williams había deslizado la doble hoja de entrada al salón. Accionó el interruptor de la luz.

—¡Tía Carol…! ¡Tía Carol…! ¡Siempre igual!

—No te enfades, Charles.

—Mis padres habrán utilizado el jet. Y yo pensaba llevarte mañana a dar un pequeño paseo.

—¿Eh… un jet?

—Un HT-77 de seis plazas. Me lo regaló mamá el año pasado.

El rostro de Diana se iluminó.

—¡Me gustaría mucho, Charles!

—Tú también me gustas mucho.

La muchacha sonrió consciente del esfuerzo realizado por Williams para pronunciar aquellas palabras.

Era un primer paso.

Diana daría los restantes.

Le echó los brazos al cuello. Apretándose contra él. Entreabrió sensualmente los labios.

—Bésame, Charles…

Williams obedeció.

Los devoradores labios de Diana parecían despedir fuego. Se pegó a Williams como una lapa.

—Diana…

—¿Sí?

—Estamos solos en la casa…, los sirvientes no pernoctan aquí…

La joven parpadeó.

Aquélla era una insinuación muy directa.

—¿Y…?

—Podemos demorar la cena en The Tower.

—No me importaría terminar en un Steak House de madrugada, Charles. Prefiero estar aquí. Contigo. Solos… Empieza por enseñarme la casa. ¡Es maravillosa!

El mobiliario del salón era lujoso. Señorial. Aunque marcadamente frío e impersonal. Como si se tratara de la obra de un severo decorador a sueldo.

Charles Williams tomó el papel de manos de la muchacha.

—Oye, Charles… Aún no me has explicado qué significan esos nombres… los que encontré en el auto… las siete Diana Palmer.

—Es una promesa.

—¿Una promesa?

—Diana Palmer es la compañera de The Phantom. Yo también pienso casarme con una Diana Palmer. Busqué… y tú has sido la seleccionada.

Diana rio a carcajadas.

—No entiendo nada…, ¡pero eres encantador!

Williams guió a la joven fuera del salón.

Abrió una de las puertas.

—¿Es tu habitación, Charles?

—Sí.

Diana se adentró en la estancia.

Parecía la habitación-muestrario de una casa de muebles de Sujo.

—Es extraño…, parece vacía. Me refiero a que no veo objetos personales en la mesa de noche, en los muebles…

—Yo prefiero nuestra vivienda de Sinclair Street. Por aquí vengo en contadas ocasiones.

Quedaron en silencio.

Mirándose fijamente.

—Charles…, no quiero que pienses que esto lo hago con todos —susurró Diana, fingiendo un rubor que estaba muy lejos de sentir—. Tú eres distinto. Lo eres para mí…

De nuevo fue ella la primera en actuar.

Sus labios se apoderaron de los de Williams en lujuriosa beso. Se apretó contra él moviendo levemente las caderas. Con sensual balanceo que pronto obtuvo resultado.

Las manos de Williams reaccionaron en torpes caricias.

Diana le rechazó temiendo que le desgarrara el vestido. Llevó sus manos a la espalda alcanzando el cierre de la cremallera.

El vestido cayó a sus pies.

La muchacha quedó con un reducido slip de encaje negro, las medias de nylon y los zapatos.

Sus senos eran opulentos, pero se mantenían erguidos y duros. Coronados por la ancha y rósea aureola del pezón.

Primero los zapatos.

Luego las medias.

Muy lentamente.

Ayudada por un movimiento de caderas hizo deslizar el slip por los largos y esbeltos muslos.

Quedó enroscado en uno de los tobillos.

La joven tendió sus manos hacia Williams.

Sonrió al percatarse de que tenía empañados los cristales de las gafas.

—Déjame quitártelas…

Le despojó de los lentes.

Fue entonces cuando se reflejó en los ojos de Charles Williams.

Unos ojos pequeños, pero de fuerte brillo.

De un siniestro destello que instintivamente hizo estremecer a Diana; aunque ya era demasiado tarde para retroceder.

Capítulo IV

DIANA PALMER se dejó caer jadeante.

Sudorosa.

Con el rostro encendido.

Charles Williams, por el contrario, mostraba un sorprendente autocontrol.

Como si la fogosidad ejercida por Diana en los diferentes asaltos amorosos no le hiciera efecto.

—Te felicito, Diana.

La muchacha, aún con entrecortado respirar, le dirigió una inquisitiva mirada.

Empezaba a sospechar que aquel bastardo se burlaba de ella.

—Oye, Charles…

Se interrumpió al ver como Williams abandonaba despaciosamente el lecho y tomaba los lentes depositados sobre la mesa de noche.

Acudió al armario.

Al deslizar la longitudinal hoja de madera se pudo comprobar que estaba vacío.

Ninguna prenda. Ni tan siquiera una corbata.

Nada… a excepción del maletín.

Diana parpadeó.

Sospechando la verdad.

—Ahora comprendo… Este bungalow está sin habitar. Se alquila amueblado, ¿no es cierto? —Diana se incorporó quedando de rodillas en el lecho—. Y apuesto que tus padres no son propietarios de fábrica alguna y tú eres simplemente un hijo de…

La joven enmudeció ante el contenido del maletín.

Charles Williams lo había abierto depositándolo sobre la mesa de noche.

Parecían las herramientas para un profesional del bricolaje. Había de todo.

Taladro eléctrico, punzones, tenazas, sierras…

—¡Qué vas a hacer, Charles?

Williams estaba tratando de ajustarse unos guantes de goma.

Sonrió.

—Tú me has enseñado mucho. Diana. Quiero seguir aprendiendo contigo. Ahora a mi manera.

Diana forzó una sonrisa.

En su mente nacía una inquietante sospecha.

«Loco.»

«Está loco…»

—Lo he pasado muy bien contigo, Charles. Por supuesto que podemos seguir. Deja todo eso y…

Williams estaba manipulando con la cinta aislante.

—Voy a atarte, Diana.

La muchacha decidió no esperar más.

Aquello, si se trataba de una broma, iba ya muy lejos.

Saltó del lecho.

—¡Me largo. Charles! Y si intentas detenerme gritaré con todas mis…

La reacción de Williams fue inmediata.

Brutal.

Atenazó a Diana por los cabellos tirando hacia atrás con fuerza.

El grito de la joven quedó cortado al recibir el salvaje puñetazo en la boca.

Sus carnosos labios se tiñeron de sangre.

Williams la tendió sobre el lecho.

Se colocó a horcajadas sobre ella.

El bracear de Diana cesó al quedar inmovilizada por las rodillas del individuo. Su forcejeo se limitó a mover las piernas y gritar en demanda de ayuda.

—¡Suéltame!… ¡Auxilio!…

Williams volvió a golpearla.

Ahora con ambas manos.

Una y otra vez los puños se abatieron sobre el rostro femenino.

—Nadie puede oírte, Diana… los bungalows vecinos están igualmente deshabitados… deja tus gritos para más tarde… Esto aún no ha comenzado.

Diana sangraba de manera abundante por la nariz y los labios.

—Charles…, no es necesaria la violencia —murmuró la mujer semiaturdida—. Haré lo que tú digas…

Williams asintió ligeramente en repetido movimiento de cabeza.

—Por supuesto, Diana…, espero mucho de ti…, quiero que me enseñes el terror… quiero ver el espanto reflejado en tus pupilas, el pánico de tu rostro… quiero sentir la viscosidad de tu sangre…

Charles Williams, mediante la cinta aislante, sujetó las manos de la muchacha a los barrotes de la cama.

Igualmente quedaron atados e inmóviles los tobillos de la joven Diana.

Retrocedió incorporándose del lecho.

Diana, al verse libre del peso de Williams sobre su estómago, gritó con todas sus fuerzas.

Hasta atragantarse con la abundante sangre que manaba de su nariz y labios.

Williams rio divertido.

—Magnífico, pequeña. Lo estás haciendo muy bien. No pierdo detalle. Grabo en mi mente cada una de tus desencajadas facciones…; pero el momento culminante todavía no ha llegado.

Charles Williams cogió el taladro del maletín.

Junto a la mesa de noche estaba el enchufe.

Antes de conectarlo acopló uno de los punzones.

Diana le contemplaba con desorbitados ojos.

El terror le impedía incluso gritar.

Agitó la cabeza.

—No… No, Charles… ¡NO!…

Williams, ajeno a las súplicas, accionó el taladro.

El punzón comenzó a girar a gran velocidad.

Capaz de perforar en minutos el más duro cemento.

—¿Por dónde empezamos, Diana?

El alarido de la muchacha fue desgarrador.

Alucinante.

Infrahumano.

El taladro se hundió en el vientre de Diana.

Como si fuera mantequilla.

Al instante brotó un surtidor de sangre. Un espeluznante boquete se dibujó sobre la piel mientras que un acre hedor a carne quemada se extendía por la estancia.

La sangre salpicó el rostro de Williams.

Alcanzando sus lentes.

Dificultando su visión.

Aquello no pareció importar a Charles Williams.

Mantenía la mirada fija en Diana.

En su rostro.

Estudiando sus desencajadas facciones bajo la bermeja tonalidad de la sangre que empañaba los lentes.



EL inspector Sidney Milland, del Departamento de Homicidios, ladeó la cabeza.

—¿Dónde está Nowak?

—Vomitando, señor.

Sidney Milland, cincuenta y ocho años de edad y treinta de policía, hizo una mueca.

—No le culpo. Hace falta mucho estómago para contemplar… esto. ¿Cómo lo consigues tú. Roger?

Roger Feldman, sargento inscrito también en el Departamento de Homicidios, era individuo joven. Atlético. De facciones duras acentuadas por la frialdad de sus grises ojos.

—Muy sencillo, señor. Imagino tener entre mis manos; al asesino. Tampoco iba a dejar mucho de él.

Los ojos del inspector Milland, semiocultos por pobladas cejas, dirigieron una mirada de reproche a su subordinado.

—Me sorprende que hayas llegado a sargento, Roger; aunque sospecho que será por poco tiempo. No tienes madera de policía.

—Pero sí tengo sangre en las venas.

—¡Maldita sea tu estampa! —El inspector aferró las solapas de Feldman —. ¿Qué infiernos crees que siento yo? ¡Esa muchacha tiene una edad aproximada a la de mi hija! Si por mi fuera, colgaría al hijo de perra que hizo esto por los…

—Ya está identificada, inspector —dijo un individuo penetrando en la habitación—. Hemos encontrado su bolso en el salón. Documentos con fotografías. Diana Palmer, veintidós años de edad, domiciliada en el 1.233 de Small Street… tiene tarjeta de trabajo en los grandes almacenes Walling.

El inspector soltó a Feldman sacudiendo la cabeza.

—Disculpa, Roger…, estoy un poco nervioso. No todos los días nos encontramos con tan espeluznante crimen.

Los dos hombres centraron su mirada en el lecho.

Diana Palmer yacía sobre un baño de sangre. Por su destrozado vientre, materialmente abierto, asomaban los intestinos.

Los senos convertidos en sanguinolentas masas de carne deforme, Las cuencas de sus ojos perforadas, reventadas…

Llegó el agente Jerry Nowak limpiándose la boca con un pañuelo.

—¿Cómo te encuentras, muchacho?

—Mejor, inspector. Perdone mi…

—Olvídalo. Roger…

—Diga, señor.

—Aquí no te necesito. Ya tenemos una primera impresión de los hechos. Según el forense la muerte sobrevino en la madrugada de ayer. Hace unas ocho o nueve horas aproximadamente. El asesino, sin duda bañado por la sangre de su víctima, tomó tranquilamente una ducha en el cuarto de aseo contiguo. Hemos encontrado indicios de ello. Por lo de ahora no hay huellas, pero seguiré aquí con los de dactiloscopia. Acude con Jerry al domicilio de la víctima y localiza a posibles familiares.

—¡Inspector!… ¡Eche una mirada a esto!

Uno de los expertos en dactiloscopia estaba inclinado sobre uno de los barrotes de la cama.

Había un pequeño dibujo en la madera.

En rojo.

Una diminuta calavera.

—¿Una calavera…?

—Sí, inspector —corroboró el de dactiloscopia—. Y apostaría que ha sido dibujada con… con la sangre de la víctima.

Los allí reunidos quedaron en silencio.

Tenso silencio.

Fue roto por la soez maldición del inspector.

—¿A qué esperas, Roger? ¡Os he dado una orden!

Roger Feldman y Jerry Nowak abandonaron el bungalow.

Frente a la casa un coche de la Metropolitan Pólice, una ambulancia y tres vehículos más.

Dos agentes uniformados controlaban a los curiosos que paulatinamente iban en aumento.

El incipiente sol de la mañana aún no dejaba sentir la virulencia de sus rayos.

Feldman y Nowak se acomodaron en el interior de un Pontiac color negro.

—¿Qué te ocurre, compañero? —Interrogó Feldman, haciéndose cargo de la conducción del vehículo—. ¿Sigues con náuseas?

—No… Estaba pensando.

Roger Feldman, sin desatender el volante, encendió un cigarrillo.

—Sé que resulta difícil borrar de tu mente la escena, pero debes de…

—No estaba pensando en la chica, Roger —interrumpió Jerry Nowak—; sino en la calavera.

—¿En la calavera?

—Sí, el dibujo… Me resulta familiar.

Roger Feldman, con el cigarrillo colgando de la comisura de sus labios, dirigió a su compañero una burlona mirada.

—Hace poco la televisión nos ofreció el Hamlet.

El sarcasmo pasó desapercibido para Nowak.

—Ese dibujo… ese mismo dibujo lo he visto y no recuerdo dónde.

—En infinidad de lugares, muchacho. Aquí, en Los Angeles, tenemos cientos de comercios que responden al nombre de La Calavera. ¿Conoces el club de Hyde Park? La entrada representa una calavera. En los folletos de propaganda del local dibujan una calavera.

Nowak denegó con un movimiento de cabeza.

—No como ésta. ¿Dónde?… ¿Dónde la he visto?…

Roger Feldman pulsó por tercera vez el llamador.

—Puede que no esté la tal Pamela Barclay…

—El portero no la vio salir —Feldman mantuvo el dedo índice sobre el timbre—. Según él hoy tiene el día libre en los grandes almacenes. Puede que todavía esté dormida.

—Triste noticia vamos a darle para comenzar el día. No me…

Jerry Nowak se interrumpió.

Estaban manipulando en el cierre de la puerta. Se entreabrió la hoja de madera. El espacio permitido por la cadena de seguridad.

Asomó el rostro de Pamela.

Somnoliento.

Aun recién despertada sus facciones continuaban de extraordinaria belleza. Sin acusar el breve letargo nocturno.

—¿Qué quieren?

Roger Feldman mostró su credencial.

—Policía. ¿Nos permite pasar?

Pamela parpadeó.

Sus grandes ojos color ágata perdieron súbitamente todo rastro de sopor.

Cerró la puerta para poder quitar la cadena. Al abrir de nuevo se hizo a un lado para permitir el paso de los dos policías.

—¿Qué… qué ocurre?

Roger Feldman fijó su mirada en la joven.

Estaba descalza. Con una larga bata anudada a la cintura. Los senos se marcaban bajo la tela. También se modelaba la estrecha cintura y la suave redondez de las caderas. De seguro ninguna prenda íntima bajo la bata.

—¿Pamela Barclay?

—Sí…

—Soy el sargento Roger Feldman, de Homicidios. Este es mi compañero Jerry Nowak.

—¿Homicidios?

—¿Comparte el apartamento con Diana Palmer?

—Sí, pero ella no está aquí. No ha venido a dormir y… —Pamela enmudeció. Una súbita palidez se apoderó de sus facciones. Con trémula voz, inquirió—: ¿Le ha ocurrido algo a Diana?

—Está muerta. Asesinada.

La muchacha se tambaleó.

Como si hubiera recibido un mazazo.

Ante el temor de que se desmayara, Jerry Nowak acudió presuroso junto a ella sujetándola del brazo para conducirla a una de las sillas del salón. Dirigió una severa mirada a su compañero. Reprochándole la rudeza en comunicar la noticia.

—Muerta…

La voz de Pamela era un susurro.

Roger Feldman se aproximó sentándose frente a la joven.

—Necesitamos hacerte algunas preguntas, Pamela.

—Muerta… Diana, muerta…

Feldman hizo una seña a su compañero indicándole las botellas depositadas sobre uno de los muebles.

Llenó una copa de brandy.

Pamela la tomó entre sus manos, pero sin hacer ademán de probar el líquido.

Enfrentó sus llorosos ojos a los de Feldman.

—¿La… la han matado?

—Sí, Pamela.

—¿Quién?

—Eso es lo que traíamos de averiguar. Y necesitamos tu colaboración.

—Ayer… ayer acudió a una cita. Iba a cenar al Tower y después bailar en The Glass Slipper. Había conocido a un hombre en los almacenes.

—¿Te dijo su nombre?

—No…

—¿Llegaste a verle?

Pamela denegó con lento movimiento de cabeza que hizo deslizar dos nuevas lágrimas por sus mejillas.

—No quiso subir al apartamento… Esperó abajo. Sólo vi su sombra… Diana comentó que era un individuo tímido.

—¿Cuándo lo conoció?

—Hace un par de días. En una compra que efectuó en la sección de Diana.

—¿Era habitual en Diana pernoctar fuera del apartamento?

Pamela alzó la cabeza.

Contempló alternativamente a los dos policías.

Jerry Nowak tomaba nota de sus declaraciones.

La mirada de la joven se centró finalmente en Feldman.

—Diana era una buena chica. Alegre, liberaba, con deseos de vivir y divertirse, sin hacer daño a nadie… Olvidar la rutina del trabajo. Soñaba con un príncipe azul que la rescatara de los almacenes Walling.

—No has contestado a mi pregunta, Pamela.

—Algunas veces pernoctaba fuera…

—¿Incluso con desconocidos?

Un destello de ira iluminó los nublados ojos de Pamela.

—No me gusta su forma de interrogar, sargento.

—Llámame Roger… y perdona mis métodos. Haré la pregunta de otra forma. ¿No te preocupó, dado que salía con un desconocido, la tardanza de Diana?

—Sí, un poco…

—Te resultan familiares los bungalows de Rogak Boulevard?

—No.

—El cadáver de Diaria apareció en un bungalow desocupado de Rogak Boulevard. Aún no hemos localizado al propietario de la urbanización, pero es fácil suponer que el asesino visitó el bungalow y, en un descuido del agente, hizo un molde de la llave… o simplemente es un experto en ganzúas.

—Entonces lo de The Tower, The Glass Slipper…

—Lo investigaremos, pero sospecho que fue una fanfarronada del asesino para deslumbrar a Diana.

—Dios mío…

Roger Feldman encendió un cigarrillo.

Tras succionarlo un par de veces lo ofreció a la muchacha.

—¿Conoces la dirección de los familiares de Diana Palmer?

—No tenía a nadie… estaba sola., al igual que yo. Solas en esta maldita jungla.

—¿Nadie?… Un hermano, unos tíos…?

—Diana Palmer se crió en una institución benéfica. Perdió a sus padres muy pequeña, pero lo suficiente para que quedara marcada en su mente la miseria. Su paso por el orfelinato tampoco resultó agradable. De ahí que ambicionara un príncipe azul que hiciera olvidar todo ese pasado. Soñaba casarse con un millonario. Yo me reía y bromeaba de sus sueños… yo…

La voz de Pamela se quebró.

Succionó el cigarrillo.

Una y otra vez.

Ávidamente.

Aquello pareció darle ánimos para proseguir, aunque con voz más tenue y temblorosa.

—Conocí a Diana hace un par de años. Fue la única mano amiga que encontré a mi llegada a Chicago. Coincidimos en la St. Louis Station. Yo sin trabajo y sin saber dónde ir. Diana me consiguió un puesto en los almacenes Walling, compartimos el apartamento…

Un ahogado sollozo interrumpió de nuevo a Pamela.

Roger Feldman se incorporó.

—¿Podemos echar un vistazo a la habitación de Diana?

La joven asintió.

—La… la segunda puerta…

Feldman avanzó por el corredor.

La estancia era amplia. Reinaba un ciervo desorden. Algunas prendas femeninas sobre el lecho y las sillas. La mesa de noche adornada con varios portarretratos.

Realizó una superficial inspección.

Pasó al cuarto de baño contiguo.

Una segunda puerta comunicaba con la habitación de Pamela. El cuarto de aseo era común.

Roger Feldman retornó al salón.

Contempló a Pamela.

Sintió compasión por la muchacha.

Era la destinada a identificar oficialmente el mutilado cuerpo de Diana Palmer.

Capítulo VI

EL inspector Milland asintió con un movimiento de cabeza.

—Has oído perfectamente, Roger. Un taladro eléctrico. Diana Palmer fue llevada hasta allí con engaños. Hizo el amor con el asesino. Sin violencia. Esta llegó después. En forma monstruosa. Demoniaca… Ya que no has cenado, puedes echar un vistazo al informe del forense.

—Tengo una idea de la autopsia, señor. El doctor me anticipó algo.

Sidney Milland entornó los ojos.

—Sí… Olvidaba que siempre eres el primero en meter las narices.

—Los de dactiloscopia no han conseguido gran cosa, ¿verdad?

—No. Ninguna huella dactilar. Sólo las de la víctima. El asesino borró cuidadosamente las suyas. Dado que los bungalows vecinos estaban también deshabitados, nadie vio nada. El propietario de la urbanización nos envió al agente de ventas designado en la zona. En las últimas semanas ha mostrado el bungalow a tres matrimonios, dos parejas y un actor de Hollywood que desea abandonar minuciosamente la cerradura. No fue forzada. Se utilizó una ganzúa. Resultó fácil para el asesino. Nada complicado. Los bungalows, según versión del propietario, disponen de una cerradura standard; dado que los futuros inquilinos instalan las medidas de seguridad a su gusto y circunstancias.

—¿Qué hay de la calavera?

Las facciones del inspector se endurecieron.

Esbozó una mueca.

Fue como si un viejo lobo enseñara los dientes.

—Es nuestra única pista. Un buen dibujo, según los expertos. Realizado a pincel. Un pincel fino. De profesional del dibujo. Se venden sueltos o en cajas de diferente grosor.

—¿Y la… pintura?

—Las sospechas de Salkow resultaron ciertas. El muy bastardo se sirvió de la sangre de su víctima.

—La Prensa sensacionalista sacará tajada.

—Los vespertinos ya han empezado —mascullό Milland, malhumorado —. Y eso que no conocen los detalles más truculentos.

—Tarde o temprano serán del dominio público.

—Sí, maldita sea…, y algunos de los productores de Hollywood encontrarán un buen tema para una película. Parecemos ratas.

—¿Me necesita para algo?

—Lárgate a dormir. Ya es muy tarde y mañana te quiero a primera hora en el departamento. Te tendré preparada una lista de escuelas de dibujo, galerías, editoriales, artistas…

—Ahí tiene mi informe de la visita a The Tower y The Glass Slipper.

—No has debido molestarte. Por la autopsia ya sabemos que Diana Palmer no cenó en The Power ni en ningún otro sitio.

—Trabajo de rutina, señor. Buenas noches.

—Adiós, Roger. Procura dormir.

—Lo intentaré.

Feldman abandonó el despacho del inspector.

Intercambió breves palabras con varios compañeros en servicio. Pese a lo avanzado de la noche reinaba gran actividad en el Departamento de Homicidios. Llamadas, interrogatorios, ir y venir…

No hay tregua.

El crimen no la concede.

Roger Feldman se detuvo unos instantes en la calzada respirando con fuerza. La noche restaba contaminación a la populosa ciudad de Los Angeles.

Encendió un cigarrillo.

Al llegar junto al Pontiac sonó la voz a su espalda.

—Sargento…

Feldman giró.

Parpadeó perplejo.

—Pamela…, ¿qué haces aquí?

La joven se esforzó en esbozar una sonrisa.

No lo consiguió.

—No he sido capaz de encerrarme en el apartamento… no he podido después de… identificar a Diana.

—Tú eras la única que…

—Sí, lo sé. He estado deambulando por la ciudad. Sin rumbo. Siento que la cabeza me va a estallar.

—Te llevaré a casa.

—¡No!… No quiero ir allí… La vacía habitación de Diana, aquella soledad… cierro los ojos y veo su ensangrentado cuerpo que…

Pamela rompió en sollozos.

El sargento se encontró con Pamela entre sus brazos.

—Bueno, cálmate… Hace ya más de ocho horas que has salido del… depósito. Tienes que estar cansada de dar vueltas por ahí. ¿Por qué no te tomas un tranquilizante y…?

—Llévame a tu apartamento, Roger.

La mueca de estupor en Feldman fue ahora completa.

—¿Cómo?

—¿Estás casado? Puedes explicarle a tu mujer mi caso y ella de seguro comprenderá mi angustia.

—No estoy casado, pero…

—Por favor, Roger.

Feldman terminó por sonreír.

Una belleza como Pamela suplicando ir a su apartamento y él haciéndose de rogar.

Abrió la portezuela del Pontiac.

—Okay.

—Gracias, Roger… estoy… estoy escalofriada. No consigo sobreponerme. No podía imaginar… ¿por qué, Roger? ¿Por qué se han ensañado tan diabólicamente con Diana?

El auto salió del estacionamiento.

Roger Feldman, con la zurda en el volante, extrajo la cajetilla de tabaco.

—Es imposible calibrar la maldad humana, Pamela. No hay límite.

—El asesino tiene que pagar su crimen.

—De eso puedes estar segura —Feldman le tendió la cajetilla—. Enciende un cigarrillo. Tengo un pequeño apartamento en Amy Street. Llegaremos pronto.

En efecto.

Quince minutos más tarde el Pontiac se detenía frente al 771 de Amy Street. La planta baja ocupada por una farmacia con vivienda. Una escalera de seis peldaños conducía a la entrada del edificio.

—No hagas mucho ruido con los tacones —sonrió Feldman—, La señora Harrison no me permite visitas femeninas.

Tercera planta.

Sin ascensor.

El sargento abrió la puerta del apartamento.

Living-salón, dos habitaciones, cuarto de baño y cocina.

—Esta será tu habitación, Pamela. El sofá se transforma en cama. Creo que en el armario encontrarás ropa. ¿Quieres uno de mis pijamas?

Pamela asintió.

Con leve sonrisa.

—Con la chaqueta será suficiente.

Feldman retornó a los pocos minutos.

Con un gran vaso de leche.

—Bébela toda y a dormir, ¿de acuerdo?

—Roger…, gracias. Afortunadamente la maldad no anida en todos los hombres.

Roger Feldman chasqueó la lengua.

—Pero sí los malos pensamientos. Y tú eres demasiado bonita. No olvides pasar el cerrojo.

Pamela, contra todo pronóstico, quedó pronto dormida.

Fue Feldman quien demoró el conciliar el sueño.

Y la causa era la propia Pamela.

Capítulo VII

CHARLES WILLIAMS no cesó de dibujar.

Durante toda la mañana.

Con firme trazo.

Directamente.

Ya no planificaba la hoja para encuadrar las viñetas. Estas aparecían libres. Alargadas. Cortas. Entremezcladas… Encuadradas. Bidimensionales, longitudinales, en profundidad, abundancia de primeros planos y del general sobre el medio.

Williams arrojó el pincel.

Contempló el rostro dibujado.

Un rostro femenino. Con los ojos desorbitados. Las facciones desencajadas. Rotas en alucinante mueca de terror.

El mismo terror que viera reflejado en Diana Palmer.

Charles Williams empezó a reír hasta culminar en desaforada carcajada.

Imaginaba a Burt Aldrich, pero aquellos dibujos podían ser superados. Era necesario un mayor clímax de horror. Y por supuesto no serían para la Aldrich Publishing Co.

Realizaría una verdadera obra maestra.

Una antología del horror y sexo hasta ahora no alcanzada. El más espeluznante cómic jamás dibujado. Algo que causaría pavor al más morboso de los lectores.

Sí.

Aún podía hacerlo mejor.

Tenía que hacerlo mejor.

Aquello era sólo el principio.

Charles Williams fue hacia el mueble-biblioteca. La satánica expresión de su rostro desapareció. Sus facciones adquirieron una placentera sonrisa. Empezó a seleccionar varios cómic-books.

Acarició sus portadas.

Una a una.

Lejanos recuerdos acudieron a su mente.

Extendió los cómic-books.

El primitivo Tarzán de Hogarth, Buck Rogers, Flash Gordon, Jungle Jim, Prince Valiant, Dick Tracy, Secret-Agent X-9, Mandrake the Magician…

Mandrake.

Charles Williams pasó lentamente las hojas del cómic-book.

Mandrake, el mago. Con su frac, sombrero de copa y amplia capa sobre los hombros. Sus fantásticos trucos de ilusionismo. Su poder hipnótico… Y junto a Mandrake, el corpulento y forzudo negro Lothar. También estaba allí Narda. La princesa Narda. La novia eterna de Mandrake.

Narda y sus rubios cabellos.

Narda.

Narda…

Charles Williams se tumbó en el lecho.

Se despojó de los lentes. Sus diminutos ojos de miope quedaron fijos en un indefinido punto del techo.

Quedó dormido.

Con una extraña mueca en el rostro.

Despertó cuatro horas más tarde. Con un hambre atroz. No había probado alimento desde el día anterior. Procedió a una rápida ducha, afeitado y elección de vestimenta.

Sonrió al pasar junio a la mesa de dibujo.

Allí quedaba lo realizado durante la mañana.

Su alucinante cómic de terror.

Williams abandonó la vivienda.

Minutos más tarde, al volante del Mustang, circulaba por las calles de Los Angeles. Por la zona de Sunset Boulevard, alejándose de Hollywood y penetrando en Barrio Guest.

El intenso y desorganizado tráfico de la ciudad no alteró los nervios de Williams.

Se adentró por Lamet Street. Ya en Barrio Guest. Una zona muy diferente a las lujosas Beverly Hills. Los habitantes de Barrio Guest eran en su mayoría portorriqueños, españoles, italianos… Agrupados en casas de gris fachada y húmedas paredes.

Estacionó en Lamet Street.

En un Steak House consumió un lujoso filete con guarnición y una jarra de cerveza.

Almuerzo y cena a un tiempo.

Al abandonar el local no se introdujo en el Ford, sino que caminó por la calzada. Tres manzanas más abajo divisó la librería de lance. En la vidriera del escaparate se amontonaban infinidad de libros, revistas y todo tipo de publicaciones.

Penetró en la tienda.

Un característico olor a papel viejo le envolvió.

Era aquélla una extraña atmósfera.

Un individuo calvo y grueso salió de entre las estanterías.

—¡Señor Williams!… Es un placer verle de nuevo por aquí.

—Hola, Norton. ¿Tienes algo para mí?

—Pues…, sí, es posible que encuentre algo. He ido apartando algunos ejemplares que creo pueden interesarle.

El tal Norton, pese a su voluminosa Figura, deambuló ágil por entre las estanterías plagadas de libros.

Depositó sobre el mostrador un voluminoso paquete.

—Adquirí el lote hace unas semanas… Ya no se encuentra con facilidad género antiguo, señor Williams. Acaparado por coleccionistas o destruido por considerarlo sin valor alguno.

—Gente ignorante. Despreciar un buen cómic es de poca inteligencia.

—Cierto, cierto…

La hipócrita sonrisa de Norton ocultaba su verdadero sentir. Consideraba a Williams como un chiflado. Un caprichoso capaz de pagar mil dólares por un cómic book antiguo.

Charles Williams inspeccionó el paquete.

Ejemplares de National Periodicals, Action Cómics, Detective Cómics, Sensation Cómics… Todos ellos, aunque con varios años de existencia, de nulo interés para un coleccionista avanzado como Charles Williams. Tampoco eran héroes favoritos. Ninguno procedente de la Daily Strip de la King Features Syndicate Inc.[1]

—Nada, Norton.

El librero mantuvo con esfuerzo su falsa sonrisa.

—Lo lamento, señor Williams.

—¿Conservas la lista que te entregué?

—¿Cómo?… Ah, sí, por supuesto… y su número de teléfono. No se preocupe. Si consigo algo de la lista le llamaré de inmediato.

—Gracias, Norton.

Charles Williams abandonó la librería.

Le faltaban algunos cómic-books que deseaba adquirir a cualquier precio. Su lista de búsqueda la había proporcionado a todos los comerciantes especializados en cómic antiguo y a clubs de coleccionistas.

Llegó junto al Mustang.

Un folleto de propaganda había sido colocado en el limpiaparabrisas.

Williams lo arrancó.

Se disponía a arrojarlo al suelo, pero interrumpió el iniciado ademán. Un nombre había quedado fijo en su retina.

Se anunciaba el club Luck Smile. Especializado en strip-tease y con la modalidad de bailes por tickets. Se reseñaban las principales atracciones. Un malabarista, una pareja de cómicos, bailarina sexy… y strip-tease a cargo de Narda, la diosa de fuego.

Ese fue el nombre grabado en Williams.

Narda.

Narda…

Luck Smile era un tugurio.

Como la mayoría de los existentes en Barrio Guest.

Los clientes tampoco eran de lo más selecto. Individuos que adquirían unos boletos de baile y les sacaban el máximo jugo. A la noche, con el pase de atracciones, se aumentaba la tarifa con un pago adicional de entrada al local. De ahí que la concurrencia fuera reducida.

Muy lógico.

El show no merecía un centavo.

El malabarista estrelló uno de los objetos contra la pista. La pareja de cómicos daban verdadera lástima. La bailarina sexy se movía con la gracia de un elefante reumático. Y en cuanto a Narda…

La orquesta, por llamar de alguna forma a cuatro aburridos individuos, interpretaba una sensual música.

Un foco iluminó la pista.

Sonaron unos discretos aplausos. Sin duda procedentes de empleados del local.

Apareció Narda.

La diosa de fuego.

Frisaba en los treinta años de edad. De largos cabellos rubios. Rostro marcadamente sensual, incrementado por sus ojos y labios que rebosaban lascivia. Cuerpo de acentuadas curvas presionadas por ceñido vestido que no tardó en caer a los pies de la mujer.

Narda quedó con un sujetador y slip de encaje negro transparente con finísimos bordados en rojo.

Siguió torpemente la música, procediendo a despojarse de la prenda superior. Sus opulentos senos mantuvieron una cierta firmeza. Los acarició con deliberada lentitud, deslizando la yema de los dedos por la ancha aureola de los pezones para luego centrarse en los salientes puntos. El despojarse del slip, ya sin hacer maldito caso a la música, fue toda una lección de procacidad y movimientos obscenos que el distinguido público acogió con frases que harían enrojecer a un descargador del muelle.

Narda los recibió con una sonrisa.

Cuando el slip quedó enroscado en uno de sus tobillos se eclipsó el foco.

Al volver a iluminarse, Narda aparecía con una roja capa sobre los hombros.

Los aplausos fueron generales.

Todos estaban deseando que terminara el show para hacer nuevamente uso de los tickets de baile.

La clientela fue hacia el mostrador donde las chicas del Luck Smile esperaban con aburrido semblante.

Sólo Charles Williams siguió inmóvil en la mesa.

Allí permaneció hasta que vio aparecer a Narda procedente de los camerinos.

Luciendo un audaz vestido que dejaba muy poco para la imaginación.

Charles Williams se incorporó acudiendo al mostrador.

Narda había tomado asiento en uno de los taburetes. Las piernas cruzadas. Mostrando con generosidad los muslos enfundados en medias de blonda.

—¿Puedo invitarla a bailar?

Los ojos de la mujer se centraron en Williams. Le contempló como si fuera una cucaracha.

—No.

—Tengo los correspondientes boletos.

—Ya me lo supongo, encanto; pero ocurre que yo me cotizo más alto. Eso de ticket por pieza de baile es para las demás chicas.

—No importa. Tampoco yo tengo muchas ganas de bailar.

La mujer volvió a posar su mirada en Williams.

Ahora más detenidamente.

Los lentes de Charles Williams destacaban en la penumbra del local. También su vestimenta, su pulcritud, le hacía diferente.

Y Narda se percató de ello.

Sonrió pasando lentamente la lengua por los carnosos labios.

—¿Qué te parece si tomamos unas copas de champaña en uno de los reservados?

—¿Un reservado? —Murmuró Williams—. Prefiero un lugar más tranquilo. Tu casa… o un hotel.

—Los reservados del Luck Smile son muy… confortables, querido. En ellos se pueden hacer muchas cosas.

—Quiero pasar toda la noche contigo.

Narda acusó la sorpresa.

Volvió a sonreír.

—Tengo que permanecer aquí un par de horas más, amor. El jefe no me permite salir antes. Tengo que alternar con algunos clientes y…

—Mil dólares.

La mujer bizqueó.

—¿Cómo?

—Te daré mil dólares, pero nos iremos ahora mismo.

—Un bromista, ¿eh?

—Puedo pagarte por adelantado si quieres.

La mujer retuvo el brazo de Williams que introducía la diestra en el bolsillo interior de la chaqueta.

—No… no enseñes el dinero —Narda dirigió rápida mirada a izquierda y derecha—. Espera fuera. Diré al jefe que me encuentro mal. ¿Tienes coche?

—Estacionado a unas veinte yardas del club. Un Ford Mustang.

—Okay, encanto. Diez minutos. El tiempo de cambiarme de vestido.

Charles Williams abandonó el local.

Ocho fueron los minutos de espera.

Narda apareció sonriente. Había sustituido su modelo de noche por un vestido también de audaz diseño.

—Aquí estoy, amor. ¡La noche es nuestra! ¿Cuál es tu nombre?

—Charles. Tú eres Narda, ¿verdad?

—Ahá.

Apenas acomodados en el interior del Mustang. Narda se volcó sobre Charles Williams.

Con los labios entreabiertos buscó la boca de Williams. Le besó con marcada lujuria. La mano derecha de Narda tampoco permaneció inactiva.

—¿Qué te parece el anticipo? —Susurró la mujer con provocativa voz—, ¿Quiere que… siga?

Charles Williams se compuso los lentes desnivelados por el fogoso beso.

—No, aquí no…

—En mi casa no acostumbro a llevar visitas. Iremos al Boyle Hotel.

—¿Qué tal es?

—¿El Boyle Hotel?

—Sí.

—Desde luego no es el Statler Hilton, pero tampoco es un basurero. No creo que necesitemos una suite, ¿verdad?

—Me gusta la comodidad, Narda. Puedo permitirme el lujo de pagarla. Una habitación con mueble-bar, aire acondicionado, baño confortable… y de máxima discreción.

—Eres un tipo grande. Charles. Dado que disponemos de toda la noche, sé del lugar ideal. El Wilder Motel. En la comarcal de David Hill. Cabañas con baño privado, bar, televisor…

—¿Te conocen?

—Seguro. No habrá problemas.

—No me gustaría tener que firmar en el libro de registro, Narda. Soy hombre casado y…

La mujer rio en divertida carcajada.

—Tranquilo, amor. Déjalo todo de mi parte.

Por la autopista Los Angeles-Pasadena. La comarcal de Davis Hill. En la desviación un cartel anunciaba el Wilder Motel a un par de millas. El terreno era irregular. Pródigo en rocas salpicadas de arbustos.

Divisaron el luminoso del Wilder Motel.

Único foco de luz en la reinante oscuridad de la noche.

El Wilder Motel estaba formado por cabañas que configuraban un amplio semicírculo. Disponía de parking, aunque algunos vehículos se estacionaban frente a la misma cabaña.

La oficina de recepción se emplazaba a la entrada.

—Espera aquí, Charles. Ni tan siquiera será necesario que bajes del auto.

Williams extrajo un fajo de billetes.

Tendió a la mujer veinticinco dólares.

—Abona la estancia y dale una buena propina al conserje, Que nos proporcione una cabaña tranquila y apartada.

Narda atrapó los billetes.

Descendió del Mustang caminando hacia recepción.

Charles Williams apagó los faros del vehículo. Incluso los pilotos de posición. Empequeñeció los ojos dirigiendo una mirada por la explanada. En algunas cabañas, muy pocas, asomaban resquicios de luz.

Narda salió de la caseta.

En el dedo índice de su diestra giraba una llave con la correspondiente placa numerada.

Se acomodó en el Mustang.

—La número dieciocho, Charles —sonrió la mujer—. La del final. Vamos a estar solitos. Sin vecinos. Logan las ocupa correlativamente. Nos correspondía la número doce, pero le convencí con los veinticinco dólares.

—Aparcaré frente a la cabaña.

—Como quieras.

Williams puso en marcha el auto.

Sin encender luz alguna.

Por el espejo retrovisor divisó borrosamente a un individuo que les observaba desde el ventanal de la oficina de recepción.

Llegaron frente a la cabaña señalizada con el número dieciocho.

Narda descendió en primer lugar. De espaldas a Williams llevó su diestra al escote del vestido para sacar unos billetes que introdujo veloz en el bolso. Por supuesto no había dado los veinticinco dólares al recepcionista. Quince fueron más que suficiente.

Abrió la puerta de la cabaña.

Parpadeó al ver entrar a Charles Williams con un maletín.

—¿Qué llevas ahí?… ¿El cepillo de dientes?

Narda rio su propia ocurrencia.

Cerró la puerta con llave.

La estancia contaba con amplia cama con dos mesas de noche, armario a juego, un boudoir, dos butacas y un carro-bar plagado de botellas y vasos.

Narda abrió la puerta que comunicaba con el contiguo cuarto de baño.

—¿Qué te parece, Charles? ¡Azulejos color rosa!

Williams había depositado el maletín sobre la mesa de noche.

—¿Quieres beber algo?

—Yo lo serviré, amor. ¿Cuál es tu bebida preferida?

—Brandy.

—Perfecto…

Narda rebuscó entre las botellas. Tomó una copa que llenó casi hasta el borde.

Bebió ella.

Sin ofrecer a Williams.

Un pequeño sorbo.

Dejó la copa sobre la mesa de noche para poder abrazar a Williams. Le besó en la boca.

—¿Te gusta?…

Williams percibió el sabor del brandy confundido con la lascivia del beso.

Narda le quitó la chaqueta.

Cuando Williams se disponía a aflojar el nudo de la corbata fue interrumpido por la mujer.

—Déjame a mí, amor…, no tengas prisa…, déjame a mí…

Narda volvió a humedecer sus labios en el brandy.

Se arrodilló a los pies de Charles Williams.

Capítulo VIII

GERTRUD SPARKS llegó a los veinte años a Los Angeles. Procedente de San Francisco. Cientos de jóvenes llegaban diariamente. Y todas con un mismo sueño: Hollywood.

Gertrud había realizado algunos estudios de arte dramático e incluso actuado en grupos teatrales independientes.

Consideró eso suficiente para convertirse en estrella.

Pronto la desengañaron.

En Hollywood, la dorada meca del cine, sólo encontró vicio y corrupción.

Al principio se resistió. Productores, directores, guionistas, operadores, agentes… todos los relacionados con el mundo del cinema solicitaban un precio que Gertrud no estaba dispuesta a pagar.

Aguantó dos años.

Fue Ralph Curtis. Un productor de la Ross Films. Le prometió un papel secundario en The Globins.

Y Gertrud cedió.

Ocurrió en un motel.

Gertrud, al despertar a la mañana siguiente, no encontró a Ralph Curtis ni volvió a saber de él. Sobre la almohada quinientos dólares.

Luego llegó Douglas Carter. Otro productor. Con un buen contrato que Gertrud no dudó en aceptar. Cinco contratos destinados a cine publicitario.

El bastardo de Carter…

En algunas cabinas privadas de los sex-shop todavía pueden verse copias de los filmes «publicitarios».

Fue como el rodar por una pendiente.

Gertrud era ahora muy distinta a la muchacha de años atrás. Sus sueños tampoco eran los de una jovencita de veinte años. Ya no ambicionaba nada. Se limitaba a sobrevivir en la jungla. No importaba cómo. El objetivo era sobrevivir. Aun a precio de…

—Ahora comprendo lo de «diosa de fuego»… Eres como un volcán, Narda.

La mujer sonrió.

El pseudónimo de Narda era lo único que le vinculaba con sus deseos de actriz. Adoptado en sus primeras apariciones en escena para el teatro independiente.

Tomó la mano derecha de Williams.

—Sí. Charles…, puedes comprobarlo…, mi pie aún sigue quemando.

La mujer deslizó la mano de Williams por su vientre, por los prominentes senos…

Charles Williams chasqueó la lengua.

—He sido un egoísta. Te he dejado hacer a ti sin pensar en más. Ahora es mi turno.

Narda parpadeó.

Sorprendida.

Terminó por reír en sonora carcajada.

—No quiero ofenderte, Charles; pero dudo que puedas. Es lógico después de mis… sesiones. ¿Por qué no lo dejamos para mañana?

Williams había saltado del lecho.

Se colocó los lentes.

—No te equivocas, Narda. He recibido la más perfecta, completa y perversa lección de amor de mi vida. Te estoy agradecido y deseo corresponder.

Narda sonrió al verle abrir el maletín.

Tal vez soltara más de los mil dólares prometidos.

—¿Qué es…?

La mujer no pudo concluir la frase.

Charles Williams se había abalanzado sobre ella con agilidad felina.

La cuerda se ciñó en torno al cuello de Narda.

Comenzó a bracear.

Y Williams tiró de los extremos de la cuerda.

El rostro de la mujer se congestionó al máximo. Desorbitó los ojos abriendo desmesuradamente la boca. Su lengua asomó convulsa. Como si tuviera vida propia.

El bracear de Narda cesó.

También Williams cedió en la presión.

Soltó la cuerda.

Antes de que Narda lograra recuperarse y gritar, taponó la boca femenina con ancha cinta aislante.

Charles Williams retrocedió.

Su rostro deformado por satánica mueca.

Colocó las dos butacas una a continuación de la otra. Longitudinalmente.

Fue en busca de Narda.

Trató de levantarla en brazos, pero terminó por arrastrarla fuera del lecho para depositarla sobre las dos butacas. La cabeza quedó colgando, al igual que los pies casi rozando el suelo.

Charles Williams fue al maletín apoderándose de un carrete de hilo metálico.

Comenzó a atar a Narda.

Fuertemente.

Inmovilizándola a las dos butacas.

Narda sacudió la cabeza. Incapaz de gritar, roncos sonidos guturales brotaron de su amordazada boca. Su rostro, en alucinada expresión de terror, acusaba también el dolor. El hilo metálico, sádicamente tenso, trazaba surcos de sangre en el desnudo cuerpo femenino.

—Bueno, Narda… Ahora viene lo más importante. Es un truco que Mandrake ha realizado en infinidad de ocasiones. Siempre con éxito. No tengas miedo. Tú eres la prometida de Mandrake y no debes dudar de él, ¿verdad?

Narda, que pugnaba por mantener la cabeza erguida, enloqueció de terror al contemplar cómo Charles Williams manipulaba en una broca eléctrica acoplando una sierra circular.

Conectó el aparato a la red.

El ruido fue un leve zumbar.

Casi ahogado por la diabólica carcajada de Williams.

—Seguro que conoces el truco, Narda… Es clásico en todos los magos e ilusionistas del mundo. Una chica introducida en una caja de madera es troceada por varias partes.

Narda, en pleno delirio de terror, empezó a moverse en un desesperado intento que sólo logró hundir más el cortante hilo en su cuerpo.

Pero Narda ya no sentía dolor alguno.

Los sanguinolentos surcos de los brazos, senos, vientre y muslos quedaban borrados por el horror que laceraba su mente. Por el indescriptible terror que la dominaba. Por el espanto reflejado en sus alucinantes ojos…

—Yo no necesito caja de madera, Narda. Lo haré a la vista del público. ¿Por dónde empezamos…? La cabeza. Sí, la cabeza… Primero la cabeza.

La zurda de Williams aferró los cabellos femeninos.

Tiró con fuerza para mantener tenso el cuello de Narda.

El aparato de broca en la mano derecha.

La circular sierra girando vertiginosa sin permitir distinguir sus afilados salientes.

Los ojos de Narda parecían salirse de las órbitas.

Quedaron espantosamente fijos.

Fue afortunada.

Cuando la circular sierra seccionó su yugular no sintió nada.

Ya estaba muerta.

Había muerto de terror.

Capítulo IX

ROGER FELDMAN vació el vaso de whisky.

—Estamos perdiendo el tiempo, Jerry. Es como buscar una aguja en un pajar. ¿Quién diablos puede identificar a un individuo por un insignificante y pequeño dibujo? Si al menos hubiera realizado un póster.

—No tenemos otra pista, Roger. Lamentablemente hay infinidad de tiendas especializadas en artículos de dibujo. Y el pincel utilizado por el asesino es un modelo standard.

Feldman abonó la consumición.

Consultó el reloj.

—Sigamos. Quiero terminar esa maldita lista para la hora del almuerzo. Tengo una cita.

—Dudo que el inspector nos conceda un respiro.

—¡Maldita sea…! Llevamos dando vueltas desde buena mañana. De un lado a otro de Los Angeles. Hemos empezado por los cuatro dibujantes fichados por su historial delictivo. Dos de ellos en prisión, el otro haciendo dibujos a los turistas para poder comer y el cuarto abandonó el pincel para convertirse en gigoló.

Jerry Nowak chasqueó la lengua consultando un papel.

—Ya hemos terminado con las agencias de publicidad. Tenía la esperanza de encontrar algo. Esa calavera…

—Sigues obsesionado, ¿eh, compañero?

—Me es familiar, Roger. Como si se tratara de una marca registrada.

—¿Qué sigue ahora? —Inquirió Feldman, abriendo la portezuela del Pontiac—. ¿Fabricantes de pintura?

—Editoriales.

—¡Diablos…! ¿Cuántas?

—El inspector nos ha seleccionado media docena. Las especializadas en cómics o con dibujantes portadistas. Voy a trazar una ruta… La más cercana a nosotros es la Aldrich Publishing Co. Luego ya tenemos que desplazarnos hasta Barrio Skinner.

—Maravilloso. Como los muchachos que recorren las ferreterías no tengan más suerte…

—Lo dudo. El hecho de que el taladro fuera nuevo no significa forzosamente una compra reciente. Y ese tipo de aparatos se venden en cantidades industriales. Incluso por correo.

Feldman maniobró por Kleiser Street.

Enfilando hacia la Fargo Avenue.

—Llevo ya años de policía. Cinco de ellos en Homicidios. Los Angeles es una de las ciudades más violentas y de crímenes más espeluznantes; sin embargo utilizar un taladro eléctrico supera en monstruosidad a todo lo archivado. ¿Por qué semejante arma homicida? ¿Por qué destruir así a la víctima?

—Sin duda un loco.

—Me gustaría meterle un balazo entre los ojos.

Jerry Nowak dirigió una inquisitiva mirada a su compañero.

El Pontiac ya circulaba por la Fargo Avenue.

Estacionó frente a la entrada principal de la Aldrich Publishing Co.

Los dos policías descendieron del vehículo adentrándose en el amplio hall de la editorial.

Contemplaron los pósters.

Roger Feldman centró una burlona mirada en el mural dedicado a Star-Girl. La heroína sexy del espacio. El dibujo representaba a la bella y exuberante Star-Girl jugueteando con un cohete de diseño obscenamente fálico. Utilizado a modo de vibrador. El dibujo correspondía a la aventura de Star-Girl en el planeta de los enanos Kamar.

—En mi adolescencia me gustaba el cómic, pero no hay duda de que ha evolucionado mucho.

—Seguro —sonrió Nowak—. Yo fui un gran entusiasta del cómic. Mi padre y yo nos disputábamos el Steve Canyon. Después de la Segunda Guerra Mundial, con mi viejo imposibilitado, le dio por leer cómics. Aún recuerdo que… ¿Roger!

—¿Qué te ocurre?

Jerry Nowak, visiblemente excitado, introdujo la diestra en el bolsillo interior de la chaqueta para extraer una fotografía.

Era la fotografía ampliada de la calavera dibujada por el asesino en el bungalow.

—La calavera…, lo sabía. Roger. Sabía que me era familiar.

—Tranquilo, muchacho. Explícate.

—Es la marca de The Phantom.

—¿De quién?

—¡The Phantom! ¿No lo recuerdas, Roger? Es uno de los héroes más famosos del cómic mundial. Su marca es una calavera. El anillo de The Phantom. Al golpear con su puño deja la marca de la calavera. ¡Esta marca!

Feldman sonrió.

—No seas ridículo, Jerry. Todas las calaveras son más o menos de igual trazo.

—Cielos…

—¿Qué ocurre ahora?

—Diana Palmer… ¡Diana Palmer es la novia de The Phantom!

Roger Feldman, que tras contemplar el directorio pulsó el botón del elevador, dirigió una perpleja mirada a su compañero.

—Oye, Jerry…

—¿No lo comprendes, Roger? Existe una relación entre el asesino y el cómic de The Phantom. Dejó la marca de la calavera y seleccionó a su víctima. Una que se llamara Diana Palmer. Como la novia de ficción de The Phantom.

—¿Estás seguro de que…?

—Sí, Roger. Diana Palmer. Lo recuerdo perfectamente.

Feldman había pulsado el mando correspondiente al Departamento Redacción.

Al abandonar la cabina se encontraron con una sala de recepción.

Una muchacha al frente de una centralilla telefónica les dedicó una cordial sonrisa.

—¿En qué puedo servirles?

Feldman mostró su credencial.

—Somos policías. Queremos hablar con el director de la sección de dibujantes.

—Es el propio señor Aldrich —informó la recepcionista—. Un momento, por favor.

La joven manipuló en la centralilla.

Tras breve conversación telefónica abandonó el mostrador.

—Síganme.

Los dos policías fueron conducidos hasta el despacho de Burt Aldrich, este les recibió desde la mesa escritorio.

—Tomen asiento, caballeros. Policía, ¿eh? Si se trata de alguna denuncia por atentado a la moral, les diré que mi abogado es el…

—Su basura nos tiene sin cuidado, Aldrich —interrumpió Feldman, secamente—. No somos del Departamento de Moral y Buenas Costumbres, sino de Homicidios.

—¿Homicidios?

Roger Feldman extrajo la fotografía que el inspector había proporcionado a todos los hombres destinados al caso.

La depositó sobre la mesa.

—¿Le dice algo este dibujo, Aldrich?

El editor parpadeó.

—No comprendo…

—Responda a la pregunta, Aldrich. ¿Qué representa para usted esa calavera?

—Pues… la marca de The Phantom, ¿no?

Burt Aldrich forró una sonrisa.

—Mi respuesta está influenciada por el cómic, sargento. Soy un hombre que conoce el mundo de la literatura gráfica. La calavera y The Phantom, un murciélago y Batman…

—Pero esta calavera es idéntica a la dibujada en el cómic de The Phantom, ¿no es cierto? —interrumpió Nowak.

—Pues, si…, es de un gran parecido.

Feldman guardó la fotografía.

—¿Cuántos dibujantes tiene la plantilla, Aldrich?

—Catorce. Seis de ellos son los profesionales que realizan los cómics producidos por la Aldrich Publishing. Los restantes son ayudantes, retocadores, aprendices…

—¿Fuera de plantilla?

—Tres. Ilustradores. Son los que dibujan las portadas de los cómic-books.

—Quiero una relación de todos ellos juntos con una muestra de sus trabajos.

—¿Puedo saber qué…?

Jerry Nowak interrumpió nuevamente al editor.

—¿Alguno de sus dibujantes imita a The Phantom?

Aldrich sonrió.

—Oh, no… Mis cómics se distancian mucho del clásico The Phantom. En el guión y el dibujo. Los dibujos de Wilson McCoy, Barry y demás creadores de The Phantom no tienen cabida en la Aldrich Publishing Co. Lo mío es el

sexo y el terror. Y para ello son necesarios trazos violentos, dominio del negro, viñetas distorsionadas…, todo muy lejos de las tiras de The Phantom. Si alguno de mis dibujantes siguiera esa pauta, le cesaría de inmediato.

—Esta misma tarde pasaremos a retirar la lista, Aldrich —advirtió Feldman—. Quiero una relación completa. No lo olvide. Datos de los dibujantes y su correspondiente muestra de trabajo. De todos. Los de nómina, colaboradores y espontáneos.

—¿Espontáneos?

—Eso he dicho. Aunque no hayan publicado nada en su editorial.

—La colaboración espontánea, de no pasar a retirarla el interesado, es destruida.

—Algo quedará archivado —comentó Nowak—. Si en asesoría consideran de calidad los dibujos…

—Cierto. Archivamos algunas. ¿Buscan a un imitador de The Phantom? Precisamente estuvo aquí un tal Charles Williams. Un genio. De un clasicismo preciosista. Es una extraña mezcla de estilos. Influencias de Raymond, Foster, Caniff… Maestros dispares, pero en Charles Williams forman un portentoso conjunto.

—¿Es uno de sus colaboradores?

Aldrich rio divertido.

—¡No…! Ya le he dicho que mis cómics carecen de elegancia, de calidad… Son cómics para ser consumidos en masa y como tal son producidos. Rechacé los originales de Williams. No es la primera vez. El cómic como arte no es rentable. Cierto que dibujos de Raymond, Foster, Eisner, Hogarth y otros muchos podrían figurar en un museo. Actualmente los dibujantes son sometidos a una disciplina editorial. Antaño fue el romanticismo y espíritu aventurero del héroe. Hoy es el sexo y terror. Charles Williams está anclado en el cómic de postguerra.

—¿Tiene a mano la dirección de ese tal Charles Williams?

—Está archivada, pero Samuel, el conserje de entrada, se la dará. La sabe de memoria.

—¿Por qué?

El editor volvió a reír.

—Ese Williams… es un fanático del cómic antiguo. De los clásicos. The Phantom, Gordon, Mandrake, Prince Valiant… El viejo Samuel guardaba muchos cómic-books de los años treinta y cuarenta. Charles Williams se los compra a precios desorbitados.

—Gracias por todo, Aldrich.

—Oiga, sargento…, aún no me ha dicho qué están investigando.

—Puede leerlo en los periódicos. Algún vespertino de ayer recoge la noticia y hoy viene ampliada. El asesinato de Diana Palmer en un bungalow de Rogak Boulevard.

Burt Aldrich asintió.

—Cierto. Mi mujer me lo comentó hoy durante el desayuno. Un crimen monstruoso. Parece ser que mutilaron el cuerpo de… —el editor agrandó los ojos—. Es curioso. La víctima tiene el mismo nombre que la novia de The Phantom. ¿Se ha dado cuenta de ello, sargento?

Feldman y Nowak ya habían abandonado el despacho.



Capítulo X

NO continuaron las visitas por las restantes editoriales programadas. Una llamada por el radioteléfono les ordenó presentarse en el Departamento.

Allí les esperaba la desagradable noticia.

La segunda víctima.

—Mark Spaak sigue con los muchachos en el motel. ¿Ya has terminado con las fotografías, Jerry…? ¡Jerry!

Nowak alzó la mirada.

Pálido.

Asintió depositando lentamente las fotografías sobre la mesa.

Ocho fotografías en color.

Ocho espeluznantes escenas.

—Fue en el Wilder Motel —dijo el inspector Milland, con tenue voz—. El recepcionista nos avisó hace un par de horas. El pobre hombre ha sido internado a consecuencia del shock.

Roger Feldman estaba apoyado en uno de los bordes de la mesa escritorio.

Su mirada fija en una de las fotografías. En ellas se veía un cercenado cuerpo femenino. Sobre dos butacas. Decapitado. Sin brazos. Las piernas seccionadas por encima de las rodillas.

—Tardará en reponerse —murmuró Feldman, conteniendo a duras penas la ira.

El inspector ignoró el comentario.

—Gertrud Sparks es el nombre de la víctima. Llegó en la noche de ayer al Wilder Motel. Su acompañante no descendió del auto. El conserje, dada su amistad con Gertrud Sparks, no se molestó en inscribirles. No pudo ver al individuo ni distinguió las características del vehículo. Esta mañana, al percatarse de que el auto ya no estaba, creyó que la cabaña había sido ya desocupada. Y se encontró con Gertrud. Lo que quedaba de ella. El arma utilizada por el asesino fue una sierra eléctrica. Dadas las… espeluznantes características, el satánico modus operandi, parece indicar que se trata del mismo hombre que mató a Diana Palmer. Un crimen por día.

—¿Dejó alguna… señal?

—¿Te refieres a la calavera? No, Jerry. El muy hijo de perra se entretuvo en otro diabólico juego. El descuartizar a su víctima no era suficiente. Se dedicó a esconder las… piezas. Encontramos la seccionada cabeza en la taza del water, las piernas en el armario, uno de los brazos amputados en un jarrón… ¡Maldito bastardo!

Sidney Milland golpeó con ambos puños la mesa.

Respiró con fuerza.

—Inspector…

—Hay que cazarle, Roger. ¡Tenemos que cazarle cuanto antes! No podemos permitir que semejante monstruo siga suelto un día más. Gertrud Sparks actuaba en el club Luck Smile. Su moralidad era dudosa. Hemos interrogado entre el personal. Simuló una fuerte jaqueca. Minutos antes la vieron conversar con un individuo.

—¿Tenemos su descripción?

Sidney Milland denegó con una mueca.

—El Luck Smile sigue un riguroso plan de ahorro de energía. La iluminación es casi mula. Sólo nos han informado de que llevaba lentes. Narda, el nombre artístico y utilizado por Gertrud entre sus amigos, aceptaba con cierta frecuencia invitaciones de…

—¿Narda? —Respingó Nowak—, ¡Vuelve a coincidir!

Roger Feldman explicó a grandes rasgos la teoría de su compañero.

El inspector quedó pensativo.

—En efecto es sospechosa la coincidencia de Diana Palmer y…

—Ya no es coincidencia, inspector —interrumpió Nowak—. De nuevo ocurre con Narda. La princesa Narda es la novia de Mandrake, otro de los héroes más populares del cómic.

—Mandrake the Magician…

—Correcto, Roger, Mandrake el mago, ilusionista… El truco de simular descuartizar a una mujer es de los más clásicos.

—Sólo que con Gertrud Sparks no hubo truco —el inspector tecleó sobre el interfono—. Es una hipótesis descabellada y absurda…

—También me lo pareció a mí, señor —añadió Feldman—; pero no tenemos otra.

Milland movió la cabeza de un lado a otro.

—Es… es ridículo.

Jerry Nowak volvió a intervenir con vehemencia.

—¿Por qué, señor? El asesino es un buen dibujante. Nos lo aseguraron los expertos tras estudiar el dibujo de la calavera. La calavera de The Phantom.

Diana Palmer, Narda… Es un loco. Un psicópata que parece influenciarse en el cómic para cometer sus crímenes.

—De acuerdo. Como dice Roger, no tenemos ninguna otra hipótesis. Pondré a trabajar varios hombres para que investiguen en las editoriales especializadas en el cómic y formen una relación de cuantos dibujantes ejerzan actualmente en Los Angeles.

—Diana Palmer, Narda, Lois Lane, Dale Arden, Aleta…

Milland y Feldman centraron su mirada en Jerry Nowak.

—¿De qué habías?

Nowak forzó una sonrisa.

—Estaba… estaba recordando nombres de heroínas del cómic. Dale Arden enamorada de Flash Gordon, Lois Lane y Superman, la princesa Aleta esposa del Prince Valiant, Honey Dorian junto con Rip Kirby…

—¡Y Tarzán con la mona! —Exclamó Milland, incorporándose del sillón —. ¿Quieres volverme loco, muchacho? ¡Apuesto que son cientos las heroínas del cómic! ¿Cómo diablos puedo proteger a todas las mujeres con nombres iguales a…

—El asesino parece sentir preferencia por el cómic clásico. The Phantom. Mandrake… —dijo Jerry Nowak—, Podemos hacer una selección, señor. Muchas heroínas quedarían descartadas, mayoría son nombres imaginarios que no figuran en calendario alguno.

—¡Está bien…! Adelante con ello, Jerry.

—Iré al Departamento de Datos e Información.

Nowak abandonó el despacho.

El inspector enfrentó su mirada a la de Feldman.

—¿Escéptico. Roger?

El policía se encogió de hombros.

—No sé qué pensar, señor; pero apoyo la iniciativa de Jerry. Lo más absurdo puede ser realidad. Tampoco será mucho el trabajo. Una vez Jerry tenga la selección, las computadoras rechazarán los nombres no censados en Los Angeles ni registrados en parte alguna. El asesino, si en verdad busca a sus víctimas con nombres determinados, debe recurrir a las guías telefónicas, comerciales y similares.

—Voy a dar orden para que se inicie el recorrido por las editoriales del cómic.

—En la Aldrich Publishing Co. ya debe estar preparada la lista de dibujantes y una muestra de sus respectivos trabajos.

—Puede que tengamos suerte, pero si se trata de un aficionado al dibujo fuera de todo contacto con editoriales, resultará difícil.

—Lo que sí parece cierto es su entusiasmo por el cómic.

—Aún no estoy muy convencido de la teoría de Jerry. Me resisto a creer que un fulano, por muy loco que esté, se dedique a buscar a sus víctimas influenciado por el cómic.

—El cómic es un mundo mágico, señor. Hablo del buen cómic, por supuesto. ¿Recuerda a The Spirit?

Sidney Milland sonrió.

—Seguro. Denny Colt, el inspector Dolan, su hija Ellen… ¿Era Ellan o Eva?

—Ellen.

—Sí, eso es. Cuando era algo más joven me entusiasmaba con las aventuras de The Spirit; aunque siempre presentaba a la policía, identificada con el inspector Dolan, como una pandilla de ineptos.

—El dibujante de The Spirit es Will Eisner.

—¿Y qué?

—La primera aventura data del año 1940. Apareció en el suplemento dominical del Baltimore Sun y poco más tarde en un cómic-book. ¿Cuánto pagaría por tener uno de aquellos primeros ejemplares, inspector?

—¿Yo? Ni un centavo.

Feldman sonrió.

—Tampoco yo. El sueldo difícilmente me alcanza hasta final de mes. Alguien pagó quinientos dólares por ese cómic-book de Eisner. Y mil por una primera edición de Jungle Jim de Raymond.

—¡Infiernos!

—Se trata de un tal Charles Williams. Un dibujante que intenta publicar sus cómics. El conserje de la Aldrich Publishing Co. fue quien le vendió esos cómic-book antiguos a precios desorbitados.

—Un chiflado. Un loco que…

Sidney Milland enmudeció.

Enfrentó su mirada a los burlones ojos de Feldman.

—Dices que es dibujante…

—Sí, inspector. Tengo su dirección.

—De acuerdo, muchacho. Empieza por ese tal Williams.

Capítulo XI

ROGER FELDMAN llegó al último tramo de la escalera.

Justo en el momento en que la mujer iniciaba el descenso.

—No te molestes. Charles no está.

Feldman contempló a la mujer.

Joven. De unos veinte años de edad. Atractiva. Con un elegante vestido.

—¿Seguro?

—Me he cansado de aporrear la puerta. ¿Eres amigo de Charles?

Roger Feldman asintió con un movimiento de cabeza.

Sin vacilar.

La muchacha le dirigió una inquisitiva mirada.

—No te imagino como amigo de Charles. Eres muy diferente a él. A decir verdad, me resigno a creer que Charles pueda tener amigos. Yo soy Roxanne Williams, prima de Charles.

—Puedes llamarme Roger.

—¿No te ha hablado Charles de mí, Roger?

—Pues…, no. Es de pocas palabras y también hace poco tiempo que nos conocemos.

Descendieron la escalera.

Roxanne ladeó la cabeza.

Sonrió al descubrir la mirada de Feldman fija en el ondular de sus caderas.

Abandonaron el edificio deteniéndose en la calzada.

—¿Eres dibujante, Roger?

—No.

—¿Guionista?

—Sí, eso es. Escritor. Especializado en guiones para el cómic.

—Espero que tengan garra. Eso es lo que le falta a Charles. Dibuja bien, pero sus guiones son infantiles.

—Yo tengo mucha garra.

Se miraron a los ojos.

Roxanne no los desvió.

Correspondo con igual descaro.

—Me gustaría comprobarlo, Roger… ¿Cuál es tu especialidad?

—¿Mi especialidad?

—Tus guiones. ¿Ciencia-ficción, policíaco…?

—Lo mío es la pornografía, con unas gotas de sadismo y un toque de *mashoc*.

Los ojos de Roxanne adquirieron un destello.

—Delicioso combinado, Roger. Tengo ahí el auto —la muchacha señaló un Chevrolet deportivo último modelo—. ¿Por qué no me cuentas uno de tus argumentos de más éxito? Podemos ir a un lugar tranquilo.

—Me gustaría, pero debo hablar urgentemente con Charles.

—Aquel bar tiene mesas en el piso superior. Desde allí podemos ver si aparece el Mustang de Charles.

—Magnífica idea.

Cruzaron la calzada.

El local no era gran cosa. En el salón superior las mesas estaban separadas por biombos. Ocuparon una próxima al ventanal. En aquellas primeras horas de la tarde la concurrencia era reducida.

Les fue servido un whisky y un gin-tonic.

Quedaron solos.

Eran los únicos clientes del salón.

—Puede que no aparezca en toda la tarde. Hay días en que se dedica a recorrer las traperías —Roxanne rio divertida—. Pobre Charles… De seguro estaba mejor en el Barret Center.

—¿Dónde?

—¿Crees que se puede pagar miles de dólares por reunir un montón de apestosos y amarillentos cómic books? La culpa es de mi padre. La asignación mensual que pasa a Charles es demasiado elevada.

Feldman parpadeó.

Roxanne iba demasiado aprisa.

—El Barret Center es una clínica para enfermos rilen tales… ¿Ha estado allí Charles?

—¿No lo sabías? —Roxanne, tras beber un sorbo del gin-tonic, pasó la lengua por los humedecidos labios—. Bueno, no importa… ¡Al diablo con Charles! Hay otros temas más agradables, ¿verdad, Roger?

Roxanne se ladeó.

Compartiendo con Feldman el pequeño sofá.

La muchacha entreabrió los labios.

Apretándose contra el policía.

—Bésame, Roger…

—Un momento, nena. Me has intrigado. Voy a unirme artísticamente a Charles y quisiera conocer el terreno a pisar. Háblame de él. Quiero saber…

—Luego, Roger, luego…

—Es muy importante para mí, Roxanne. Necesito conocer…

—Luego, Roger… te lo prometo… —los ardientes labios de la muchacha comenzaron a mordisquear los de Feldman—. Ahora no… ahora…

La propia Roxanne tomó la mano derecha del policía para posarle sobre su seno izquierdo.

La diestra de Feldman entró en contacto con dura redondez carne que quemó a través de la tela del vestido.

Sí.

Roxanne tenía razón.

Luego hablarían de Charles Williams.

El jadear de Roxanne fue en aumento.

Roger Feldman acalló los gemidos taponando la boca femenina con sus labios.

El cuerpo de Roxanne pareció sufrir una sacudida. Abrió y cerró las piernas, convulsiva. Paulatinamente sus brazos dejaron de aferrar a Feldman. Inclinó la cabeza sobre el respaldo del asiento. Con los ojos cerrados. La desabotonada blusa permitía ver el agitado subir y bajar de los senos. Las piernas entreabiertas, con la falda del vestido a mitad del muslo.

Roger Feldman encendió un cigarrillo.

Vació el vaso de whisky.

Al ladear la cabeza contempló cómo Roxanne, con el rostro aún encendido, bajaba la falda del vestido para acto seguido abotonar la blusa.

—Roger…

—¿Si?

—Ha sido un excitante aperitivo. ¿Por qué no… cenamos en un hotel? Llamaré a casa dando cualquier disculpa y…

—Hoy no puede ser, Roxanne. Y bien que lo lamento. Tengo que… que presentar unos trabajos en la editorial.

—¿Mañana? Te daré mi número de teléfono.

—Perfecto. Y ahora…

—Charles, ¿no? —Sonrió la joven, inclinándose hacia el ventanal—. Aún no ha llegado su coche. ¿Quieres un consejo, Roger? No te recomiendo tratos

con mi primo. Cierto que le han dado de alta, pero su comportamiento no es normal. ¿Crees que esa es vivienda adecuada para el heredero de la Williams Company?

La mueca de estupor de Feldman hizo reír en sonora carcajada a la muchacha.

—Charles Williams es…

—¿Tampoco lo sabías? Es el heredero de la Williams Company, pero es mi padre quien lleva las riendas del negocio. Le fueron concedidos plenos poderes para dirigir la compañía. Arthur Williams, padre de Charles y fundador de la Williams Company, murió hace años. Su hermano Ralph, mi padre, con la autorización de la viuda y del consejo de accionistas; y dada la incapacidad mental de Charles, se hizo cargo de la dirección del negocio. Se puede decir que Ralph Williams fue quien encumbró a la Williams Company.

—Pero si Charles ha sido dado de alta…

—Oh, sí. Hace aproximadamente un año. Todas las semanas acude a la consulta del doctor Saunders, el mejor psiquiatra de California. ¿Resultados? Charles se niega a vivir con nosotros en la mansión de la familia. Prefiere ese tugurio. Tampoco se interesa por la Williams Company. ¡Lo suyo es dibujar monigotes! Y ni tan siquiera sirve para eso. ¡No ha logrado publicar ni un solo dibujo!

—¿Por qué le internaron?

Roxanne se encogió de hombros.

—Estaba loco. A los locos se les encierra, ¿no?

—No parece gozar de tu aprecio.

—Charles es un estorbo. No debió salir del Barret Center. Es la opinión de la familia.

—¿Incluida la madre de Charles?

—Murió. Pobre tía Ellen… Charles la envejeció y el internarle terminó por hundir a su madre. Está mejor muerta.

—Eres un encanto.

—Soy sincera. ¿Y sabes una cosa? Considero estúpido estar hablando de Charles, ¿Por qué no nos dedicamos a otra cosa?

La zurda de la muchacha tecleó sobre la hebilla del cinturón de Feldman.

—¿Otra vez?

—Yo soy insaciable, Roger…

La joven abrió la chaqueta de Feldman. Su mano izquierda acarició el pecho iniciando un audaz descenso bruscamente interrumpido.

Roxanne había descubierto la culata del revólver.

Y aquello la hizo retroceder dirigiendo a Feldman una estupefacta mirada.

—¿Por… por qué vas armado?

—Es lo normal en un policía.

—¿Policía? Lo de guionista…

—Soy muy mentiroso.

—¿Qué significa esta burla? ¿Es Roger su verdadero nombre?

—Por favor, Roxanne —sonrió Feldman—. Sigue tuteándome. Ya nos conocemos un poco… por encima.

Roxanne enrojeció.

Se levantó furiosa.

—Si en verdad eres policía haré que seas expulsado del cuerpo, bastardo. Ignoro qué intenciones te han guiado, pero he sido sometida a interrogatorio con engaños, te has aprovechado de mí para sonsacar datos de Charles.

—¿Aprovecharme de ti…? ¿Yo…?

Roxanne giró corriendo por el salón hacia la escalera que conducía a la planta baja.

Roger Feldman la siguió con la mirada.

Sonriente.

Se aproximó al ventanal contemplando a los pocos minutos cómo Roxanne emprendía la marcha en su lujoso Chevrolet.

Ni rastro del Mustang de Charles Williams.

El policía consultó la esfera del reloj de pulsera.

No esperaría más.

Abandonó el local encaminando sus pasos hacia el cercano 746 de Pagett Street. Penetró en el edificio.

Puede que el tal Charles Williams no fuera el hombre buscado, pero sí resultaba un individuo digno de estudio.

Roger Feldman llegó a la buhardilla.

Pulsó el llamador.

Tras unos segundos de espera introdujo la diestra en el bolsillo de la chaqueta. Manipuló en su llavero hasta elegir una extraña pieza. Una diminuta herramienta muy utilizada por los «ratas de hotel» profesionales.

Lo que ocurrió a continuación era propio de Feldman.

Roger Feldman contempló las láminas depositadas sobre la mesa de dibujo.

Tragó saliva.

Instintivamente sintió un escalofrío.

Aquellos dibujos eran realmente espeluznantes. Como si hubieran sido trazados por la mismísima mano de Satanás. El rey del Averno no se avergonzaría de firmarlos.

Un magistral dibujo para una alucinante historia de horror y sexo.

En su aceptación más degradante.

El terror alcanzaba allí cotas infrahumanas. Una apología a la sangre, a la muerte, al sadismo como cumbre del placer… Una orgía sanguinolenta completada con la más obscena de las pornografías.

El espacio para diálogos y apoyo del guión estaba en blanco.

No era necesario.

Al menos para Feldman.

En las dos últimas láminas la acción se desarrolla en un motel. Un hombre y una mujer. Primero la orgía del sexo. Primeros planos. Rostros enfebrecidos por la lujuria. Cuerpos agitados en desenfrenada pasión. Luego… la atroz carnicería.

La horrible y monstruosa mutilación del cuerpo femenino.

Aquellos dibujos tenían una diabólica sensación de realidad.

Eran demasiado perfectos.

Sí.

Forzosamente guiados por la mano de Satán.

Roger Feldman, impresionado por aquel realismo, no se percató de la sombra surgida a su espalda.

Cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde.

Primero fue un golpe en la nuca. Cayó de rodillas, sin perder el conocimiento. Trató de aferrarse a su atacante. Fue entonces cuando recibió el segundo impacto en la cabeza.

Feldman se desplomó de bruces.

Abrazado a las piernas de su enemigo consiguió arrastrar le en su caída.

Charles Williams, al perder el equilibrio, soltó instintivamente el pisapapeles que había utilizado como arma.

Se zafó del semiinconsciente Feldman.

Jadeante, con el rostro desencajado, se precipitó sobre la mesa de dibujo.

Roger Feldman pugnó por incorporarse.

En vano se esforzó por disipar aquella niebla que cubría sus ojos.

Borrosamente, impotente, contempló la sombra que huía hacia la puerta de salida.

Capítulo XII

DAVID SAUNDERS movió lentamente la cabeza.

—No…, no puede ser culpable… Tal vez dibujó influenciado por la noticia.

—El segundo crimen, el de Gertrud Sparks en el motel, aún no había sido divulgado por los periódicos, doctor —respondió Sidney Milland—. Williams los dibujó esta mañana. Después de cometer el asesinato. Le ruego que colabore con nosotros en su captura.

Saunders pareció encogerse en el sillón.

Contempló alternativamente a Milland y Feldman. Este último tenía un parche en la cabeza.

—¿Qué puedo hacer?

—Háblenos de su paciente. No rompe ningún secreto profesional. No hace falta ser psiquiatra para saber que Charles Williams está loco. Sólo hay que ver los cadáveres de Diana Palmer y Gertrud Sparks.

La seca y dura voz de Sidney Milland hundió aún más en el sillón al doctor.

Empezó a hablar con lentitud.

Sin duda dominado por los acontecimientos.

—Charles Williams perdió a su padre cuando contaba ocho años de edad. El amor de Ellen, su madre, se volvió sobre él en demasía. Todos los caprichos de Charles eran complacidos. Hasta los más irrealizables. Creó a su alrededor un mundo mágico donde todo era posible. Cuando Charles cumplió los catorce años, dadas las pésimas calificaciones escolares y aconsejada por su cuñado Ralph Williams. Ellen cambió de táctica. Del consentimiento total pasó a la más rígida severidad. Fue un brusco cambio que Charles no asimiló. Empezó a mostrarse desconfiado, imaginando que todos le observaban y que era objeto de burla por su nula capacidad para el estudio. Se inició en él un principio de neurastenia. Su personalidad anímica murió antes de nacer.

El doctor Saunders hizo una pausa.

Como si esperara alguna pregunta.

Al no producirse, prosiguió:

—Fue expulsado de la Universidad. En ningún centro escolar consiguió adaptarse. Tan pronto padecía una crisis depresiva como rompía en brusca cólera. Ellen decidió llevar la educación de su hijo en la propia casa. A los dieciocho años empezó para Charles el desfile de profesores… y las sesiones conmigo. Diagnostiqué en Charles un principio de esquizofrenia. Sus reacciones afectivas no concordaban con la realidad exterior. Alternaba un estado de ánimo incoherente junto con períodos de normalidad. Encerrado en casa, sin querer comunicarse con nadie, empezó a leer cómic-books comprados tiempo atrás. Adquirió otros. Los devoraba. Fue una época en que Charles pareció recuperarse. Se mostró más comunicativo. Más abierto…, aunque sus temas de conversación versaban sobre las aventuras de The Phantom, los viajes espaciales de Gordon, las proezas de Superman y demás héroes del cómic. No encontré nocivo aquel entusiasmo. El cómic había devuelto a Charles la capacidad de reaccionar; pero lo que pareció remedio se convirtió en enfermedad. El cómic se transformó en obsesión. Ya no distinguía lo real de la fantasía. Empezó a oír voces. Sus héroes del cómic le hablaban… y él respondía. Ellen, incapaz de resistir por más tiempo aquella situación, aprobó mi consejo de internarle. Charles tenía entonces veintidós años. Hace aproximadamente un año se le dio de alta en el Barret Center.

—¿Cuánto tiempo permaneció internado? —inquirió el inspector.

—Diez años.

—¡Diez años!… ¿Por qué le han soltado?

—El cuadro médico del Barret Center respaldó mi decisión. Charles estaba curado. Los esquizofrénicos pueden evolucionar hacia la demencia, estabilizarse merced a los fármacos neurolépticos o bien recuperarse. Charles, en sus diez años de reclusión, mostró una asombrosa y positiva reacción. Empezó a dibujar. Creo que fue ese hobby el que le recuperó psíquicamente.

—¿De veras?

La dura ironía del inspector hizo enrojecer a David Saunders.

—La mente humana no puede tratarse como una ciencia matemática, inspector. Un hombre aparentemente cuerdo, de vida normal y tranquila, toma un día un rifle y comienza a disparar desde la terraza de su casa o bien decide exterminar a toda su familia.

—¿Qué opinión puede darnos con relación a Charles Williams? ¿Le considera capaz de seguir matando?

—Su personalidad anímica, la unidad del yo, se ha desintegrado en Charles.

—No ha respondido a mí pregunta, doctor —dijo Milland, secamente—, ¿Seguirá matando?

David Saunders inclinó la cabeza.

Su voz fue un susurro.

—Sí…, me temo que sí.

Sidney Milland arrojó furioso los papeles.

—¡Maldita sea!…

—Y son sólo las más representativas del cómic —informó—, Dale Arden, Lois Lane, Honey Dorian…

—¡Ya basta, condenación!

—Siga mi consejo, inspector —dijo Feldman, encendiendo un cigarrillo —.

Antes de que sea demasiado tarde.

—¿Dar la noticia a los medios de comunicación? ¿Sabes lo que significa esa alarma por radio y televisión? ¡Yo te diré, Roger! ¡Todas las mujeres de Los Angeles con nombres de heroínas del cómic comenzarían a sufrir ataques de histeria, sembraríamos el pánico y…

—…Y estarían prevenidas. Hay un loco asesino por las calles de Los Angeles, señor. Un asesino en busca de víctimas. De una mujer. Con un nombre especial. Debemos alertar a las posibles candidatas. No es suficiente que la fotografía de Charles Williams aparezca en televisión y que cada agente la lleve en el coche patrulla.

El inspector Milland se dejó caer cansinamente en el sillón.

—De acuerdo. Jerry…

—¿Sí, señor?

—Dile a Anderson que redacte el comunicado. Tú le ayudarás. Quiero que salgas en antena lo antes posible.

El agente Nowak abandonó el despacho.

El inspector dirigió una mirada a Feldman.

—Lárgate, Roger. Descansa. Debes estar en baja forma cuando permites que un individuo enclenque y miope se te escape de las manos.

Feldman salió de la estancia sin hacer comentario alguno.

El Departamento parecía hervir.

Una gran actividad reinaba en todas las secciones.

La noche se presentaba larga y tensa.

Cuando Roger Feldman se acomodó frente al volante del Pontiac conectó la emisora para recibir cualquier información que se originara.

Inició la marcha.

Cuando circulaba por la Weill Avenue escuchó la comunicación de un coche patrulla a Central.

—Aquí coche 71-A llamando a Unidad Central. El Ford Mustang del sospechoso localizado en el cruce de Scott Street con la Saltos Avenue. Repito. Ford Mustang con matrícula…

Roger Feldman desvió el auto hacia la acera frenando con estridente chirriar.

Del bolsillo de la chaqueta trajo copia de la lista confeccionada por su compañero Nowak.

Su dedo índice recorrió los domicilios reseñados junto a cada uno de los nombres femeninos.

Fue en la segunda hoja.

Allí estaba.

Honey Dorian, con domicilio en el 1.035 de Scott Street.

Reanudó la marcha del vehículo pisando a fondo el acelerador. Sobre la capota acopló la sirena.

No llegaría a tiempo.

Ni el mismísimo Rip Kirby salvaría a la Honey Dorian de Scott Street.

Capítulo XIII

HONEY DORIAN empujó con la cadera la puerta del frigorífico. El vaso de leche depositado sobre la bandeja derramó algo de líquido.

Honey hizo un mohín.

Con lento paso se encaminó hacia el salón dejando la bandeja encima de la mesa.

Conectó el televisor.

Se disponía a apagar la luz de la cocina, pero quedó inmóvil en el pasillo.

Ya estaba apagada.

Los labios de Honey se movieron imperceptibles. Profiriendo una palabra poco femenina.

Dado que ella no había accionado el interruptor dedujo que se había fundido la lámpara.

Prefirió cambiarla antes de sentarse a cenar.

En el mueble del living tenía un buen surtido de recambios. Con una lámpara en su diestra se dirigió a la cocina.

Tampoco ahora llegó a entrar.

De nuevo quedó inmóvil.

La luz estaba encendida.

Ni por un instante acusó una sensación de temor. Ya no era una chiquilla. A sus veintiocho años, y curtida por su trabajo de enfermera, no se dejaba impresionar con facilidad. Eran muchos los truenos nocturnos en el hospital amenizados por lastimeros gemidos y defunciones.

No.

Honey Dorian no se asustaba con facilidad.

Avanzó con paso decidido situándose frente al interruptor. Lo pulsó una y otra vez. Apagando y encendiendo la luz de la cocina.

Terminó por encogerse de hombros.

Aquello funcionaba a la perfección.

Se disponía a retomar al salón cuando reparó en la abierta ventana. La que comunicaba con la escalera de incendios.

La cerró.

Al entrar en el salón percibió el sonido.

Extraño.

Era… como un jadear.

Como si alguien respirar entrecortadamente.

Fijó su mirada en el televisor.

No.

El sonido no procedía del aparato. La pantalla no se había iluminado.

El televisor estaba desconectado.

Honey si sintió ahora un escalofrío.

Ella había puesto en funcionamiento el aparato.

Estaba segura.

Aunque no era aquello lo que más la inquietaba, sino el sonido. El jadear. Un jadear que parecía surgir desde todos los rincones del salón.

Honey avanzó hacia el televisor.

Cuando se disponía a pulsar la palanca de encendido vio su imagen reflejada en la apagada pantalla.

Y también la sombra que brotó súbitamente de detrás del sofá.

La mujer giró con rapidez. El grito iniciado en su garganta quedó cortado por una fría mano que taponó su boca. También sintió la afilada hoja del cuchillo posarse sobre su cuello.

—No lo intentes otra vez…, no vuelvas a gritar…

Honey contempló aterrorizada al individuo.

Un hombre de pálidas facciones y lentes de miope que ocultaban unos ojos de satánico brillo. Su rostro perlado de sudor. Su respirar jadeante.

Aquel sudor lo percibió Honey en la mano que taponaba su boca.

—Voy a soltarte…, si gritas te hundo el cuchillo en las entrañas…

Charles Williams retiró la mano.

También retrocedió levemente dejando de aprisionar el cuerpo de Honey contra el televisor.

—¿Esperas visita, Honey?

—Estoy… estoy sola…

—Eso ya lo sé —rio Williams—. Te he visto entrar hace una hora. Antes había telefoneado al apartamento y nadie respondió. Desde entonces he montado guardia.

—Tengo… tengo poco dinero…

—No me interesa tu dinero, Honey.

—¿Qué quiere de mí? ¿Cómo sabe mi nombre?

Williams contempló fijamente a la mujer.

Llevaba el pelo recogido tras la nuca. Aquello resaltaba su rostro de salientes pómulos. Facciones correctas, atractivas… Se cubría con una larga bata anudada a la cintura.

Honey interpretó mal aquella mirada.

Imaginó estar frente a uno de esos vulgares violadores que pululan por Los Angeles.

Forzó una sonrisa.

—Si lo que pretende es pasar un buen rato no es necesaria la violencia. Puedes guardar el…

—No tienes el pelo rubio.

Honey parpadeó.

—¿Cómo?

—Tu pelo no es rubio ni tienes los ojos azules como Honey Dorian.

—Yo soy Honey Dorian…, pero nunca he tenido los ojos azules ni el pelo rubio. Tal vez te has equivocado de chica.

Williams chasqueó la lengua.

—No trates de engañarme. Últimamente ya no aparecías con Rip Kirby. Has desaparecido de su vida, pero sigues siendo su chica, ¿verdad? Pronto te llamará a su lado o enviará a su fiel criado Desmond. ¿Recuerdas a Cecil Desmond?

—No… no sé de qué me habla…

El miedo se acentuó en Honey.

No estaba frente a un vulgar violador.

Aquel individuo estaba loco.

—¿Es posible que te hayas olvidado de todo, Honey? ¡Rip Kirby! El detective aventurero y galante con las mujeres. El ex capitán de marines. Es miope como yo, ¿sabes? Tiene gracia. ¡Un héroe del cómic miope! Hay que reconocer que Alex Raymond hizo una gran creación. ¡El gran Raymond! Murió en el 1965. Conduciendo el coche deportivo de su amigo Drake, ya sabes… el dibujante de Julieta Jones. Cada vez que recuerdo la burla de la Aldrich Publishing Co. sobre las maravillosas hermanas Jones…

Toda aquella parrafada llenó de estupor a Honey.

No entendía absolutamente nada.

—Oye…

—Charles. Mi nombre es Charles Williams. Soy dibujante. El mejor, aunque tengo que someterme a las reglas del juego. Los editores ya no quieren heroínas como tú, como Dale Arden, Narda, Aleta… Hay que acabar con ellos y reemplazarlas por otras, lo comprendes, ¿verdad?

Honey movió instintivamente la cabeza.

Como un autómata.

Sin dejar de mirar el descomunal cuchillo en manos de Williams. Lo reconoció. Era uno de los cuchillos de la cocina. El más grande.

—Lo celebro, Honey. Eres una buena chica. Estoy terminando mi historia. Contigo alcanzaré las treinta y dos hojas habituales en un cómic-book. Lo presentaré a los más importantes sindicatos del cómic. Todos se disputarán los derechos de edición. Te necesito para completar la historia, Honey… Empieza por quitarte la bata.

La mujer se esforzó de nuevo en sonreír.

Tal vez, si lograba no contrariarle, saldría con bien de aquella pesadilla.

Se despojó de la bata dejándola caer a sus pies. Quedó con el sujetador y el slip.

Williams rio divertido.

—Has engordado, Honey. Estás más llenita.

Ciertamente los senos de Honey eran opulentos. Difícilmente controlados por el sujetador. El vientre formaba una suave curva. Las caderas amplias. Los muslos largos y esbeltos.

Charles Williams se inclinó recogiendo el lazo de la bata.

—Manos a la espalda, Honey.

—¿Por qué?… No necesitas atarme… no haré nada que…

—¡Obedece, maldita sea!… ¡Obedece!…

Honey llevó sus manos a la espalda. Temblorosa. Alarmada por la demoníaca expresión reflejada súbitamente en Williams.

El lazo sujetó con fuerza las muñecas de la mujer.

—Aquí mismo, Honey…, sobre la alfombra… Déjate caer.

Honey obedeció mansamente.

A los pocos minutos contempló el blanquecino cuerpo de Charles Williams volcarse sobre ella. Unas ávidas manos le arrancaron el sujetador.

La balanceante boca de Williams se apoderó salvajemente de los labios femeninos.

—Relájate, Honey…, no temas…, colabora o será peor para ti… Pasar un buen rato. Esas fueron tus palabras, ¿recuerdas?

Honey, dominando su terror y repugnancia, entreabrió los labios.

Correspondiendo al beso.

Soportando las caricias cada vez más audaces, lujuriosas, aberrantes… El jadear entremezclado con obscenas palabras.

Fue despojada del slip.

Honey, como dominada su voluntad por una legión de espíritus malignos, fue cediendo su cuerpo a la lascivia a que era sometido.

Unió su jadear al de Williams.

El sudor hacía chasquear sus cuerpos en grotesco sonido.

Honey sacudió la cabeza con los ojos en blanco.

De ahí que no se percatara de la acción de Williams.

De cómo su diestra alcanzara el cuchillo y lo hundía brutalmente en el vientre femenino.

Honey inmovilizó bruscamente las caderas. Sus ojos expresaron el más alucinante y atroz de los cambios.

Le llegó la voz de Williams.

—Dímelo, Honey… ¿cómo es?… ¿que sientes? Has sido un gran salto, ¿verdad? De los brazos del amor a los de la muerte…, del clímax del placer a los umbrales del Más Allá… Háblame, Honey…

La mujer boqueó.

Su desencajado rostro reflejaba un estupor superior al lacerante dolor.

Charles Williams se ladeó para quitar el cuchillo.

—Aunque… no, Honey…, no es necesario que me digas nada. Puedo leerlo en tus ojos… en la deformada mueca de tu rostro… la muerte se aproxima…

Williams besó los entreabiertos labios de la mujer.

Y sin interrumpir el beso seccionó la yugular de Honey.

El asesino recibió el ahogado estertor que brotó de Honey. Pudo percibirlo con toda su macabra nitidez. Incluso le llegó la bocanada de sangre.

Rio como un poseso.

—Tus ojos… tus ojos, Honey… Puedo verla… Ya está ahí… ¡Es la Muerte! La plasmaré en mis dibujos… Seré él…

Un súbito estruendo hizo enmudecer a Williams.

Alguien estaba golpeando la puerta de entrada al apartamento.

Sonó una potente voz.

—¡Policía!… ¡Abran la puerta!…

Roger Feldman, dado que sus empujes no lograban derribar la puerta, hizo uso del revólver.

Disparó sobre la cerradura para acto seguido propinar un patadón a la hoja de madera.

Penetró en el apartamento.

Interiormente deseaba estar cometiendo un error. De que la Honey Dorian allí domiciliada estuviera sana y salva. De que no era necesaria aquella violenta aparición en escena.

La iluminación del salón le llevó hasta allí.

No.

No había cometido un error.

Aquél era el lugar.

Allí había actuado Charles Williams.

Sobre la alfombra se desangraba ya sin vida, el cuerpo de Honey Dorian. Con el vientre desgarrado. La yugular seccionada…

La espeluznante visión no paralizó a Feldman.

Todo lo contrario.

Reaccionó con ira.

En el suelo una chaqueta masculina, una corbata. Más allá, en el corredor un zapato.

Roger Feldman corrió a la cocina descubriendo de inmediato la forma de huida empleada por el asesino.

Se precipitó al ventanal pasando a la escalera de incendios.

Feldman alzó la mirada. A tiempo de ver como una sombra alcanzaba el tramo más alto de la escalera.

Saltó en su persecución.

Llegó a la terraza.

Fue entonces cuando se escuchó el desgarrador alarido.

Roger Feldman recorrió la azotea hasta alcanzar la baranda.

Allí, desde lo alto del edificio, pudo ver el cuerpo de Charles Williams destrozado contra el asfalto de Scott Street.

La pesadilla había terminado.

Feldman encendió un cigarrillo.

Lentamente descendió por la escalera de incendios.

Llegó a la calzada cuando el inspector Milland y dos hombres más se disponían a entrar en el edificio.

—¡Roger!…

—Hemos llegado tarde, señor.

—¿Honey Dorian?

—Sí.

Las facciones del inspector se ensombrecieron. Hizo una seña a los dos hombres para que le siguieran.

Roger Feldman continuó por Scott Street.

La policía estaba acordonando la zona apartando a los curiosos.

El cadáver de Williams estaba ya protegido por una sábana.

—¡Fuera de aquí, mocoso! —un agente uniformado empujaba a un chiquillo de unos catorce años de edad—. ¡Lárgate con tus embustes!

—¡Es verdad!… Le oí gritar esa palabra.

—¡Lárgate!

El muchacho, empujado de nuevo, fue a tropezar con Feldman.

Le detuvo.

—¿A quién oíste gritar, pequeño?

—No le haga caso, sargento —aconsejó el agente—. Conozco a este granuja. Tiene la cabeza llena de pájaros.

—¡Es verdad! Le oí perfectamente —afirmó el muchacho señalando el cadáver—. Yo estaba en la casa de enfrente. Le vi correr por la terraza, subir a la baranda y saltar al tejado contiguo. No lo alcanzó. Fue entonces cuando gritó la palabra.

—¿Qué palabra? —inquirió Feldman.

El muchacho tragó saliva.

—Bueno… sé que resulta ridículo, pero es la verdad. Le oí perfectamente gritar… ¡Shazam!

Epílogo

PAMELA se reclinó en el grueso tronco del árbol.

—¿Has leído la columna de Gregory Engel sobre el cómic de terror?

Feldman sonrió rodeando con el brazo los hombros de la muchacha.

—En estos tres días me he dedicado por completo a ti. Cuando el inspector me proporciona algún día de descanso lo destinaba a jugar al póquer, en las carreras o deambulando sin rumbo. Estos tres días han sido maravillosos.

Roger Feldman la besó en los labios.

—No cambies de conversación… Engel afirma que tras conocer los pormenores del caso Williams, los puestos de venta agotaron sus existencias de cómic especializados en terror y sexo. ¿Te das cuenta, Roger? En vez de desterrarlos, el público se vuelca sobre ellos. ¡Es horrible!

—Todas las cosas tienen su lado bueno y el lado malo. En el saber elegir está la virtud.

—Cuando te cases y tengas hijos…, ¿les permitirás leer cómics?

Feldman sonrió.

—Si para entonces hay dibujantes como Milton Caniff, Harold Foster, Alex Raymond, Frank Robbins, Hogarth y oíros más que dignifican el cómic contrastando con la basura de Aldrich Publishing y similares; no tendré inconveniente alguno.

—¿Qué me dices de Charles Williams? Sus héroes del cómic, los dibujados por los grandes maestros, trastornaron su mente. Lo asegura un grupo de…

—Un grupo de engreídos, Pamela. Fatuos que se consideran muy inteligentes y desprecian al cómic por considerarlo un arte menor. No quieren reconocer que una simple viñeta de Foster puede encerrar más arte que el cuadro de un consagrado. La mente de Williams se desintegró antes de afición por el cómic. ¿Causas? La locura no tiene explicación.

—Se puede enloquecer de amor.

—Oh, sí. Y de odio.

—Yo prefiero lo primero.

Fue fa muchacha quien ofreció ahora sus labios en demanda de un beso.

—No cambies de conversación. Pamela.

—Eres… eres…

Pamela no pudo seguir.

Roger Feldman la reclinó sobre la hierba buscando de nuevo sus labios.

—Roger…

—¿Si?

—Te quiero…, me di cuenta en tu apartamento… al quedar allá sola en la habitación… y al día siguiente al esperar inútilmente tu cita para almorzar juntos.

—Te he compensado con estos tres días, ¿no?

—Yo quiero más, Roger. Quiero más días contigo.

Se miraron a los ojos.

—No soy partidario del matrimonio, Pamela.

—¿De veras? No importa. Yo te haré cambiar de opinión.

Volvieron a unir sus labios.

Apasionadamente.

Rodaron por la alfombrada hierba hasta quedar ocultos por los arbustos. Allí las caricias se hicieron más audaces.

—Espero que a Boris no se le ocurra deambular por Holmes Creek.

Aquel comentario hizo parpadear a Pamela.

—Esto es Holmes Creek… ¿Quién es Boris?

Feldman, que ese instante jugueteaba con los botones de la blusa de la joven, sonrió cínico.

—Un compañero. Está en el Departamento de Defensa Moral y Buenas Costumbres.

La cantarina carcajada de Pamela eclipsó el trinar de los pájaros.

Roger Feldman, contemplando aquella risa rebosante de felicidad, empezó a dudar de su opinión sobre el matrimonio.

FIN

NOTAS

[1] *Daily Strip*: «tira diaria». Serie de tres o cuatro viñetas que aparecen diariamente en los periódicos.